PQ8497
.B69
C6

COSAS DE BLANCOS, COSAS DE NEGROS

AMERICO BRACESCO R.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8497
.B69
C6

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/cosasdeblancosco00brac

américo bracesco r.

cosas de blancos

cosas de negros

PQ 8497
.B69
C6

Re

américo bracesco r.

COSAS DE BLANCOS

COSAS DE NEGROS

A mis antiguos y queridos amigos y compañeros de la barriada bajo-pontina, dedico.

Impreso en los Talleres de la Imprenta
"La Central"
E. R. BLONDET
TRUJILLO

Presento a continuación los juicios que éste libro ha merecido entre los distintos gremios de las actividades humanas. Es vanidad, y nada más.

".....en su libro "cosas de blancos, cosas de negros", *hay chispa..*

Marcelo Inga
(chofer).

"....resalta de inmediato el escritor castizo. *Hay madera*

Churiliza, Maurer & Co.

".....bueno el *empaste*, hemos penetrado *en la masa*. Podemos asegurar que hay *levadura* de escritor humorista, *de molde*.

Cereghino y Cavagnari
(Panaderos).

".....*bien enfocado* los temas, ágil *el desarrollo*, su libro ha sido para mi *una revelación*.

Goyzueta
(fotógrafo)

"cáustico y a la vez sedante.....

Boticas "El Inca"

....."humorismo *de un corte* acabado, *estilo inglés*. Ud. Twain y Shaw, forman *un terno de la mejor confección*.

Mavila Hnos.
(Sastres).

".....cosas de blancos y cosas de negros es un libro *superficial*. Pero por *sus poros* brota la ironía, como quien dice *a flor de piel*.

Dr. Morris
(dermatólogo).

,'.....¿Tu quoque...Bruto?

Julio César

".....comá Ud. más pan.

Milne & Co.

Por cable: Envíeme su libro, precio en pesetas, *al cambio.*

Juan Belmonte
Terremoto.

".....cosas de blancos (cerveza pilsen) y cosas de negros (maltina) es propaganda para nuestros productos. Gracias por lo barata.

Backus, Jonhston, Brewery Company Limited, etc.

El autor queda profundamente agradecido a estas expresiones ceñidas a la más perfecta sinceridad.

El Exmo. señor Embajador de Honduras, ha querido honrarme con un juicio que agradezco especialmente. Me escribe que mi libro con ser de superficie al parecer, ha sido considerado por él *en toda su profundidad.*

ÍNDICE

Hans Schwabb 5
Un loro político 10
Catalepsia 12
Jaranas antiguas 16
Cuesta Arriba 19
Maniobras de Ferrocarril 23
Negrerías 26
Se Alquila 29
Los Indefinidos 32
Dar de si 35
En la Redacción 38
La Libertad 40
El Humorismo de Apolinario 42
Salvajes de Europa 44
Piropistas 47
Del pasado 49
Color Honesto 51
Teoría del Fuego 53
Cocktail caro 56
Prisiones confortables 58
¡Buena Gente! 60
En Rehenes 63
Vocación 66
Impropia para señoritas 69
Herrare 71
Gran Hotel Inconcebible 73
Compro oro 77
Huéspedes Ilustres 79
Heráldica 81

Neblina 83
Pimentel 85
De Instrucción 87
¡Le guardaba a Ud. el secreto! 89
Génesis de un periódico 91
El cuento del tío 94
Perfil Huaralino 96
De un metro veinte 98
No se culpe a nadie de mi muerte 100
La sequía 102
Similitud 104
Anotaciones de Viaje 107
El Agente Viajero 109
Pero 111
Rodolfo Valentino 113
Caridad 115

APUNTES

Volando...Talara...Un Incendio 117
Luces de Bengala 119
Paso de Huayno 121
Máscaras 123
Mestizaje 125
La Nueva estrella 127
Postal de Arequipa 130
Una Kermesse en Trujillo 133

HANS SCHWABB

Como fué salvado por Garcilaso de la Vega en el Perené

Veo a los historiadores cabalgar los cristales voraces sobre las narices robustas, chatas; calva la testa, olímpicos en un gesto de irresistible duda y de supremo desdén.

¿Garcilaso de la Vega en el Perené?

¿Quién es este Hans Schwabb?

¿Y quién el articulista?

Calma, señores, y procedamos con lógica. La lógica, en vuestras exhumaciones históricas, ha sido siempre vuestra mejor aliada. Acaso dándose un poco de la mano con la fantasía. Calma.

Ahora voy a explicar:

Hans Schwabb, egresado de la Universidad de Düesseldorff, es un producto nuevo de la novísima Alemania de los Hittlers. Esbelto como un galgo, es el único alemán que aborrece la cerveza. Yo le otorgaría una medalla "Al Mérito"; *más aun, si cabe*—como dicen los diplomáticos—, le propondría para el Premio Nobel de la Paz, por haber sido el

único ciudadano de Düesseldorff que ha pasado por Münich sin probar un chopp.

Hans Schwabb es de una expresiva movilidad latina. Y como si quisiera acentuar una negación del origen de su rubia raza dodicocéfala, es cetrino y se maneja una crin negra, azabache.

—Yo no tengo, no sé si infelizmente—me decía el tipo clásico del teutón. Y nunca he deseado investigar en el proceso fisiológico de mis ascendientes. Empero, estoy convencido de que mi corazón, mi alma y mi espíritu son alemanes. Y mi acento. Un buen alemán puede perderlo todo, hasta una parada de a treses en pinta; pero el acento, eso no. ¡Jamás!

—¿Y el motivo de su viaje?

—Emigré porque soy rebelde. Más que rebelde, extraordinariamente agresivo. Desconozco métodos y sistemas. Todo lo que significa disciplina, órdenes que exigen obediencia, destempladas y agrias voces de mando, producen en mis nervios una reacción peligrosa.

Y emigré para no cumplir el servicio militar y evitarme la molestia de matar a mis superiores. (Hans exagera. Hans no mata una pulga). Con una ametralladora en mis manos, hubiera sido capaz de abrir...un claro de luna.

El de Düesseldorff apuró un pisco de Lunahuaná, festejándose el chiste final no con la escandalosa carcajada teutona, sino con una finísima y discreta sonrisa latina.

—Listo para virar, como dicen a bordo, me interesó la palabra Cochabamba. Y me embarqué para Cochabamba. En Cochabamba, un compatriota me comisionó para vender huacos auténticos. El único entendido en cerámica preecolonial a quien podía colocarle mi mercancia, era un anticuario-ar-

queólogo-historiador—sin agraviar a los presentes, como dirían las huachafas.—Le vendí un buen lote, ganándole "harta plata". Pero cierto día se le quebró un ejemplar, el más fino, y el experto en antiguedades me buscaba para romperme la "testa".

—No me parece un motivo...

—A primera vista, seguramente. En uno de los fragmentos del huaco, el "experto" encontró un papelito que decía: "*Made in Germany*". Aquellos huacos incaicos "auténticos", habían sido fabricados en Friederichshaffen.

Hans esboza otra sonrisa latina, algo cachazuda, y "se arrea" un segundo puro de Lunahuaná.

Aquí, algunos de mis lectores se preguntarán: Todo está perfectamente, pero, ¿y Garcilaso de la Vega? Qué nexo, que conexión puede haber en todo ésto?

Calma, calma; ya viene Garcilaso. Dejemos, por ahora, proseguir tranquilamente al germano que no lo está haciendo mal.

—Para distanciarme de aquél bárbaro, me vine a Lima. Una casa curtidora de Leipzig, me mandó dinero e instrucciones para que le remitiera pieles de animales salvajes: pumas, tigrillos, cóndores...: todo un plural de fieras, a granel. Y partí para las selvas del Perené, armado hasta los dientes y acorazado como un tanque de guerra.

—¿Y sería brutal la caza de bestias feroces, mi querido *herr* Schwabb?

—Sí, ¡brutal! Después de tres meses de privaciones y sacrificios sin cuento, me convencí de que la única bestia feroz que había en las selvas era yo. Ahora, si quiere, le vendo o le obsequio el descubrimiento sensacional que hice: importar pieles sintéticas de Leipzig al Perené, y vendérselás a los turistas "expertos".

El dodicocéfalo se bebe otro *puro*, recurre a su tercera sonrisa latina, y prosigue:

—Me puse a cazar mariposas para el museo de Hamburgo. Intimé con los chunchos.

—¿Y son buenos los chunchos?

—Le diré. Los salvajes que se ponen en contacto con la civilización son más que salvajes. La civilización tiene el raro privilegio de inocularles el virus del rencor, del odio, porque abusa con ellos. Pero los que nunca han sufrido su influencia, son buenos, podría decir estúpidamente buenos. Sólo que al verle una cadenita, un espejito, cualquier chuchería, quieren apropiársela; pero, ¿cómo hacerlo? Para ellos, el medio más fácil, más expeditivo, es matarle. No se les ocurre otra cosa menos violenta. Más no lo hacen con mala intención.

Estas últimas frases de Hans son dichas sin ironía y sin sonrisas latinas. Hans es poco severo consigo mismo.

Schwabb consulta su reloj. Tiene una cita con un catedratico cajamarquino a quién le vierte a Nietzche al castellano y le da lecciones de esperanto.

Un íntimo amigo del de Düesseldorff comenta con simpatía el anterior relato. Y termina por él la narración que cortó la cita con el cajamarquino machacón:

—¡Ni los curtidores de Leipzig ni los del museo de Hamburgo le remesaron un cobre. Enfermo de paludismo, a la muerte, mugriento, deshecho, ofrecía un libro en venta en la via pública:—Señor—imploraba—lo doy por un sol. ¡Es algo estupendo!

-Señor-insistía-lo liquido por cincuenta centavos. ¡Es una maravilla!

-Este libro, caballero, por cuarenta centavos. ¡Es el acabóse!

El pobre Hans se rebajaba hasta lo increíble.

Acertó a pasar un bibliómano de aspecto inteligente-algo difícil de encontrar hoy--en el preciso momento en que Schwabb, agotado, desfalleciente, había llegado a una oferta inverosímil:

—Señor, este libro...por veinte...

—¿Por veinte libras? ¡Cáspita! Los Comentarios Reales de los Incas, Garcilaso de la Vega, segunda edición, LISBOA. ¡Qué hallazgo! ¡Y yo que le andaba buscando desde hace años! ¿Ha dicho Ud. veinte libras? ¿No podría hacerme una rebajita?

Simulando una amargura inconcebible, Hans respondió:

—Imposible. Se trata de un verdadero precio de realización. Es una ganga.

—Perfectamente. Tenga Ud. las veinte pálidas. Y dígame, si me permite, ¿en dónde ha conseguido Ud. esta reliquia?

—En el Perené, señor.

¡Ajá! Comprendo. Debe esconderse allí algún bibliotecario anónimo...

—¡Qué esperanza! Este libro servía en uno de los tambos del Perené para nivelar una mesa coja. Saqué el libro, y le puse una cuña. Allá abunda la madera, señor.

Preguntamos ahora a los historiadores: ¿Es verdad que Garcilaso de la Vega salvó a Hans Schwabb en el Perené?

En última instancia, recurramos a las frases del de Düesseldorff:

—Yo le debo la vida a mi madre, primero, y a Garcilaso de la Vega, después.

UN LORO POLITICO

Inteligente, el loro. Uno de aquellos animales al que le sobraba la palabra.

Pocas lecciones, una argolla en el balcón, un choclo y una lechuga. Esto era todo. Su campaña era fácil a la par que contundente. Con gritar y erguirse como un dómine, podía catalogarse como capitulero bien rentado o postular una diputación.

Su grito garraspeante convulsionaba las viejas tendencias conservadoras: "Viva el "dolce far niente" y abajo los "demagogos". Con esta palabra el loro parecía que estuviera haciendo gárgaras.

Las autoridades notificaron a la propietaria del bicho para que lo retirara. Congregaba al público curioso, lo incitaba a posibles rebeldías y muchas veces paralizaba el tráfico como cualquier director del idem, llamado a entorpecerlo.

La dueña del loro parlero respondió que no encontraba sitio más a propósito donde colocarlo; y protestaba no ser justo impedir la libre expresión de quien patrocinaba una tendencia política.

La autoridad montó en furia, y entre gallos y medianoche dos soplones procedieron a allanar la morada del loro político al que apercollaron y condujeron preso.

Arequipa se interesó por la suerte de aquel extraño revolucionario que en plena Comisaría lanzaba sus vivas y sus mueras a la faz congestionada del propio Intendente policial.

Para libertarlo se buscó influjos, buenas cuñas, buenas barretas.

Todo en vano.

El teléfono de la Comisaría vibraba con insistencia:

—¿Qué dice el loro? ¿Qué hace?

—El loro, señorita—contestaba el cabo de guardia—está comiéndose un plátano de la isla.

—El loro, señorita, ha gritado mucho. Está ronco.

—El loro, señorita, pasará mañana a la cárcel. Ahora está cantando un yaraví de Melgar.

—Me desmayo, señor cabo de guardias...

—O. K.

No faltó un tinterillo que presentara un recurso de Habeas Corpus...

Se siguieron los trámites del caso. Se aumentaron los infolios.

El desenlace se perdió entre el polvo que cubre los expedientes de la nutrida escribanía.

Un día, ante el anuncio de que ofrecíase una buena gratificación "a quien hallare un loro verde con pintas coloradas, tres verrugas en la pata izquierda y una sobre el pico", alguien exclamó convencido:

—No hay caso. Se trata del loro político. Lo han fondeado en la Isla de San Lorenzo.

Otra víctima de la pasión política.

Cosas...de loros.

CATALEPSIA

Menudeaban los golpes en la puerta, con aires de escándalo. Oía claramente un trajín en el corredor, voces apagadas, lamentos, ayes de dolor.

Se me llamaba a voz en cuello, a grito pelado. En verdad, yo quería contestar sin conseguirlo. Además estaba fatigado, con sueño.

—Vamos, dejarme dormir. ¿A qué armar tanta alharaca?

Encaramada sobre una escala, la negra cocinera hurgó con sus belfos sobre la ventana alta.

—*¿Jasúuu!* El niño está muerto.

El niño era yó. ¿Moverme? ¡Que si quieres!

La puerta fué derrumbada con estruendo.

Esta es una pasadilla, pensé. Quise cambiar de posición chocándome tanta inmovilidad. Todo inútil. Pero yo comprendía que no tardaría en despertar para los demás, estando, como estaba, despierto para mi.

—Hay que friccionarle con alcohol de culebra macho—aconsejó la cocinera amiga de potingues caseros y llena de abusiones—y ponerle bajo la almohada un rocoto con un rabo de caballo tordillo...

¡El médico!—anunciaron.

A poco debió haberme tocado el pulso, pues dijo:

—¡No late!

Y debe haber sido para vista la cara de circunstancias que seguramente puso cuando anunció con suficiencia:

—Siento el penoso deber profesional de anunciarles que la ciencia, fatalmente, ha llegado tarde.

(La ciencia siempre llega tarde, fatalmente).

—¡Es cadáver!

Y con la misma inflección grave en la voz, agregó:

—La consulta cuesta una Libra oro.

Cobró y fuése.

¿Cadáver, yó? ¡Caracoles! Invoqué un escalofrío, una convulsión nerviosa, una sensación de terror, algo, en fin, que me sacudiera de lo que yo suponía una simple modorra.

La cosa estaba pesando.

Me sumí en un auto análisis. Un cadáver no piensa, no medita, no raciocina. Había perdido, verdad, todos los sentidos, menos el del oído que se me había agudizado como el de un tísico.

Para los demás, estaba muerto. Perfectamente. Yo contradecía aquella opinión unánime.

A pesar de la tragedia del instante, puedo asegurar que mi actitud interna era de una perfecta corrección.

Y estaba dando pruebas de tener completa sangre fría, al ejercer sobre mis sentidos atrofiados, un dominio absoluto, sin esfuerzo aparente de ninguna clase.

Por una consabida asociación de ideas, recordé una frase de Florencio Sánchez: "Un hombre sin carácter es un muerto que camina'¿. Muy bien.

¿Y qué podrá ser un muerto con carácter, que no camina?

De responder mis músculos faciales, hubiera esbozado una sonrisa.

Mi hermano especulaba con el Agente de Pompas Fúnebres, quien concedía un descuento gracioso en la seguridad de ser ocupado con frecuencia, según manifestó con mucha frescura.

Olor de flores marchitas, de tabaco. Vaho de alcohol barato. Cirios crepitantes. En las ferias de los velorios los cadáveres despiertan la sensualidad. Chistes colorados. Discretos manoseos. ¡La muerte impone! No hay caso.

Al percibir un olor acre que me sofocaba, exulté. Retornaba el olfato. Buen síntoma.

Una niña, con morbosa curiosidad, me colocó una mano sobre la frente.

—¡El muerto está sudando!—gritó más que dijo.

Se elevó un corro de risotadas.

—¡Qué vá a sudar el muerto-sentenció la cocinera--si el pobre está que apesta!

¡Con que gusto le hubiera tirado el ataúd sobre las crenchas!

--Es que se está precipitando el proceso de la desintegración de las células—arguyó un estudiante sietemesino que se la daba de erudito.

—Pero ¡cómo suda! insistió con majadería la chica, bastante alarmada.

—SODA!—pude al fin articular, con la garganta seca, fogueada por la sed.

La niña cayó redonda sobre el pavimento.

El artesano del soplete, trágicamente hacía silbar su macabro artefacto para la soldadura autógena del cajón.

Por momentos, sentía que me estaba abando-

nando la serenidad; y en un último y desesperado esfuerzo, logré sentarme sobre mi lecho de muerte.

La gente, alocada fué a parar al medio de la calle.

Una peripatética, apoyada en la pared, lívida, exangüe, los labios ahítos de rouge, simulaban una cruel puñalada. No pensó en huír ni en desmayarse.

Sobre la claraboya abierta ví a la Canija que se alejaba cabalgando luenga escoba.

¡Otra vez será, hermana!

Llamado el mismo médico que certificara mi defunción, después de pulsearme, declaró sin inmutarse:

—Se trata de un caso patente de catalepsia.

Y en el mismo diapasón, agregó:

—El diagnóstico vale una Libra oro.

Cobró y fuése.

JARANAS ANTIGUAS

La jarana es jarana cuando la cantan los negros revueltos con los blancos. El negro solo, entre negros, no puede armarla porque le falta inspiración.

Y el blanco sin un negro prendido al cajón, no prospera.

La jarana *se arma* o *se para*. No es fácil improvisarla. Hay jaranas solapadas, medrosas, las que siguen a un baile de medio pelo, que por nacer embozadas carecen de colorido.

Jarana es pisco, alegría escandalosa, boches y trompadas. Las trompadas se inician de 4 a 6 de la mañana.

"En las jaranas
somos señores,
hacemos flores
con el cajón...

Y si se trata
de dar trompadas
también tenemos
disposición..."

Las jaranas que organizan las huachafas, disfrazándolas con el pomposo título de "soirée", son fiestas ambiguas que pierden su acento.

Jarana es la que se medita, la que se estudia, la que se prepara. La que se va a hurgar, con tiempo, a los ases de la guitarra y del cajón, sepultos en las Portadas, en Cantagallo, en Lurigancho.

Jarana, la que lleva al cónclave a los jaranistas de cartel, dicharacheros, criollos hasta el tuétano. Jarana, la que adereza en punto de parida el arroz con pato, la que sabe dorar el camote y sancochar al temple el choclo, trio supremo de anticucho, choclo y camote...

Jarana, la que se convierte en encerrona con Ayarcita en la guitarra, volcando todo el "sprit" limeño, con el Pochocho al piano, con Paz liándose a trompadas y cabezasos—¡áitelas con el hombre! y con las damas caracoleando marineras prendidas al garbo y a la donosura de Ezeta y a las arrogancias del Mariscal, que invita con tono de mando:

—Arréate esta copa, capulí...

—¡Parece un tabacazo!

—Anchoveta no es "pescao" después que "te l' has mamao", carabina.

Alguien sin previo aviso le "arrea" un botellazo.

El Mariscal hace un esguince, se libra del encontrón y grita:

—¡De un viene de allá, nadie está libre!

Y rápido, echa mano al "charqui". El charqui es el revólver. Suena un disparo. La bala se entrapa en las crenchas del negro que martiriza el cajón.

Al escándalo, penetra el cachaco para imponer el orden.

—¡Verdúuugo—le espeta con mofa el Pochocho, ahuecando la voz.

—Tú eres de los nuestros, zámpate esta, le invita imperioso el Mariscal.

El cachaco sale borracho, y al oficial de ronda, que pasa en un caballo albino destinado a la pica, le informa entre hipos:

—Sin novedad, mi Mayor...(La novedad está en el frente).

Amanece, llegan los bonitos. Asoma humeante el chilcano de cabeza. Ají, perejil, culantro. Y puro de Ica.

Se ha mandado por elementos frescos de relevo. La jarana sigue por turnos. Nuevas inyecciones le dan vida. Y eso "está que arde".

Avanza la procesión. Dos, tres, cuatro días. Alguien ha heredado, alguien ha ganado una buena parada en pinta, alguien ha hecho un buen negocio y corre con el gasto.

—¿Qué ha sido de tu vida, cholito? ¡Una semana sin verte por el Strasburgo!

—En una encerrona de mamey, chico. Fatal, fatal...

¿Ahora? Ahora...un tango, una rumba, agua mineral con gotas de azahar, mucha gomina, mucho corset. Y los machos son las hembras.

CUESTA ARRIBA

Con ancho "chapeao" de paja toquilla, poncho tramado de lana de Yunguyo y al viento las puntas de un pañuelo multicolor atado al cuello. Sobre las botas claveteadas, las roncadoras; al cinto un 38. Bien cinchada la montura, sólida la baticola, elegantes las guarniciones. Pellón sampedrano. Y arriba, por el sendero resbaladizo jalonado de musgo y de garúa, bordeando el rio Chillón, que canta con la voz gruesa de las repuntas.

Un obstáculo: sobre la pupila del bruto pasa una nube y ya no puede o no quiere ver. Apunta las orejas al peligro, atento a las voces del instinto.

Al meneo de la rienda se empaca. Recula. Esta bestia tiene una lógica extraña.

Pretendo volverle a la realidad y le hundo las espuelas con rabia.

El penco se sacude en un corcovo clásico, de escuela. Y con todos mis arreos de chalán criollo en ciernes voy a dar a un remanso, sufriendo el porrazo más serio de mi vida.

Entramos al pueblo al "Angelus". En la Plaza de Armas el palacio de la sub-prefectura exhibe una parte de su construcción derruída.

—Se la llevó un ventarrón, señor-comenta mi guia-allá, por el año noventa.

—¿Y las puertas, las ventanas y el techo de esta otra casa, también fué llevado por el ventarrón?

—Nó. Esas puertas, esas ventanas y esos techos se los llevó el tinterillaje.

—¡Ajá! ¿Y por qué no tienen Uds. luz eléctrica?

—Porque de tenerla, no habría razón para que se le prometa al pueblo en las contiendas políticas, siendo, como es, un resorte eficaz para las votaciones en favor de quien la ofrece. El día en que la pongan, señor, muertos nos vamos a caer de sorpresa.

—¿Y quién eres tú que así discurres?

—Soy estudiante fernandino. Pero el tinterillaja de mi tierra me birló una heredad truncando mi carrera. Aquí el que no es analfabeto, es tinterillo. Cuentan de uno que le metió juicio a su maestro por que le había enseñado a leer.

Mi guía vive momentos de inspirada superación y odia cordialmente a sus paisanos.

En las gradas de la Iglesia, unos indios embrutecidos rumian la coca.

Un fraile descalzo hala una mula peluda y reacia, agobiada por el peso del cerrón repleto de comestibles, producto del canje con bendiciones e indulgencias plenarias.

Una india canosa exhibe su mercancía de cancha y maní tostado. A sus espaldas gime un rorro.

Obscurece. Sobre la calamina, la lluvia finge tableteos de ametralladora, toda la noche.

Oh! paz aldeana!

Regreso sin guía, cuesta abajo.

Un cóndor, sobre una carroña, se expulga la axila. Por un deseo morboso de matar, le disparo un balazo.

El cóndor da unos cuantos saltos y me mira estupefacto. Quemo la cacerina, y son otros tantos saltitos. Está bailando un huayno.

Hoy, hasta los cóndores han perdido la noción del vuelo.

Y yo he perdido la puntería.

En lontananza veo subir a un jinete, al parecer en bomba.

—¡Ese hombre se vá a matar! Estamos sobre un camino de cabras, al borde de un precipicio. ¿Quién será? Su cabalgadura se ha detenido. Le pido permiso para pasar. Silencio. ¿Cómo? ¿Un borracho que duerme y no ronca?

El sombrero le cubre la nariz. La bufanda le oculta el mentón.

Después de sacudirle con todas mis fuerzas, observé que, muy tieso, el tipo, era cadáver, y no de los frescos.

Un cabo le tenía sujeto al pechopetral. Otro le tesaba a la baticola. Las patas, sobre los estribos de cajón cantoneados, estaban sujetas a la cincha. Las riendas amarradas a las manos con totora, a la altura del pecho, bajo el poncho.

¡Macabro!

La noche se me venía encima. Piqué espuelas, recalando a un Tambo del pueblo de Yasso, para sacudir la impresión con un trago de fuerte.

Un cholote copeado hasta las "SSS", inquirió entre regüeldos:

—¿No ha encontrado usted a un hombre montado en caballo zaino?

—Un muerto, dirás, y que apesta a mil demonios.

—¡Ecute! El mismo. Mi compadre Basilio. Se me escapó mientras entré aquí a refrescar el guargüero. Lo traigo de la hacienda "Chocas". Y como

el Gobernador de Yangas, un cholito muy liso, ni de "raspa" lo habría dejado pasar como muerto, que nos hubiera metido al calabozo a los dos, lo pasé como vivo, montado yo al anca para mejor "atrincarlo".

—¿Y de qué ha muerto tu compadre?

—Hace tres días, patrón, "namás". Y le llevo a enterrar a su pueblo, a Vizcas, según fueron sus últimos "designios". ¿De qué ha muerto, pregunta? De bubónica, "namás", patroncito.

Y el borracho rompió en una carcajada que parecía un acompañamiento fúnebre.

MANIOBRAS DE FERROCARRIL

El expreso Shang-Hay-Pei-Pin tiene un horario de salida: 8 y 30 a. m. En papel amarillo el itinerario reza: "Hora de llegada: "*cuando pueda*".

Por su brutal sinceridad el Gerente de ese Ferrocarril ha merecido la condecoración del Elefante Blanco del Siam.

Hop Lee Tan Chang había ascendido al puesto, después de una larga práctica en Lima, Perú, atento a la ceba de chanchos.

El cambio no le había afectado, al parecer.

—¿Cuáles son los obstáculos, mi querido Hop, que le impiden disponer de un horario fijo de llegada?

—¿Es que imagina Ud. que hay alguien que sepa, en la vida, cuándo llega?

Tras la lente pálida, la mirada oblicua del simio brillaba constelada de abismos. Fatalista, el chino, se daba a su sino.

¡Extraña psicología aplicada a los servicios de todo un expreso Shang-Hay-Pei-Pin!

Alguien le ha hecho nombrar Gerente para que se despreocupara. El desaprensivo hijo de la hicteria no andaba mal en su papel.

Pero hay algo más pintoresco en el rápido Tumbes-Puerto Pizarro, de nuestra tierra. Cuando al rápido se le acaba el combustible, a cada pasajero le entregan un machete. Y no hay tutía, ¡a cortar algarrobo! se ha dicho. Y si la máquina no puede con las cuestas (nunca puede), a meter hombro y a pujar...señores viajeros.

Aquí, el Gerente es socarrón, y su sonrisa se tuerce en un gesto de cachazuda ironía.

—Mi lema es sencillo;- me explicaba-: "Quién no avanza, rotrocede".

En los FF. CC. del Sur, las máquinas, felizmente, funcionan a petróleo. Pero los itinerarios brillan por su ausencia.

Para alcanzar un tren hay que presentir la hora de salida. Y si se indaga entre los nativos, todos "coinciden" en dar una hora diferente.

En el Hotel Colón, del Ccozcco, quise saber entre un corro de pisqueros el día y la hora de salida del tren para Sicuani, lo que originó una discusión agria seguida de una trompeadura. Lograron ponerse de acuerdo para indicarme una hora, al serenarse. Bien. ¿Y de llegada?

¿De llegada? Como el expreso de Shang-Hay.

Entre las ruinas incaicas, asoma la sonrisa irónica, cargada de opio, del serenísimo Hop Lee Tan Chang.

Y su lema se actualiza: "nadie, en la vida sabe cuando llega".

Con gasto de autos y maletas, madrugando, llegué a la estación. Luz roja vacilante de un farol de peligro. Silencio.

Un silencio demasiado espeso para una estación que se prepara a lanzar al tráfico un convoy.

—¿Y el tren para Sicuani? Pregunto a un sereno muerto de sueño.

Contrastando con su serenidad congénita, me contesta áspero:

—¿No sabe Ud. que el tren para Sicuani no sale los días lunes?

—Perfectamente. ¿Cuándo sale el tren para Sicuani?

—Eso, ¡sábelo Dios!

Cosas de negros.

¡Fantástico!

NEGRERIAS

El Africa es rugido de león, zarpazo de tigre, silencioso arrastre de boas constrictoras, inmenso campo en que la fauna y la flora se enroscan en tantástica policromía.

Pululan caimanes llorosos, negros tamborileros y serpientes cascabeleras.

Moran chacales en los gallineros, hienas hirsutas en los cementerios, zandungueros elefantes en las praderas y una "parvada" de cafres bembudos y antropofaguistas.

Lord Williams Kelso, londinense de casco y fusil, parte del Támesis en una mañana brumosa (¿cuándo no, en Londres?), a bordo de un S. S. de lujo, rumbo a una playa del continente de color espeso. Llega a cualquier puerto, contrata un turba de negros infelices y se lanza al corazón de la selva en busca de ásperas emociones.

Lord Kelso, cachimba y tabaco rubio, se acomoda en su carpa entre un cactus y un pacae seco.

Las fogatas alejan al zancudo y al chacal.

Amanece.

Los grillos dan fin a la serenata de Shubert, en un inspirado momento musical.

El gentleman precisa emociones sintéticas, rápidas, violentas. Vibraciones intensas al segundo. Sucesión de tragedias al minuto. Y pide, con el desayuno de mermeladas y jam and eggs, la presencia de un hipopótamo unicorne.

Ahora es la mole inmensa que se desplaza en dirección al monóculo impóluto del Lord.

La tradicional sangre fría sajona se pone de pié, más firme que la mostaza Morton.

Hay que apuntar al ojo redondo, que parece un tomate italiano.

William Kelso tiene los nervios de acero.

Y el tomate salta con sus pepitas.

La pupila se ha hecho papilla.

La mole se desploma con estruendo. Yace en posición de cúbito dorsal. Las patas, puro estilo siamés, chato, quisieran contener el firmamento.

¡Vana empresa!

Tamborilea la chusma palurda y bailan los cafres libidinosos. Hay que ver qué meneo...

En tanto, el Lord bosteza mientras su bota aplasta una cobra.

Cauteloso avanza un jaguar y le ataca al "fundío".

El jaguar se desmaya.

Pasa un león melenudo.

Pasa un tigre hircano.

Son dos pieles para la garconniere del inglés. Acaso un regalo para una lady displiscente y presumida.

Las cacatúas solfean un brutal concierto de despedida.

Y Mister Williams Kelso, bostezando de hastío, lía maletas.

En llegando a Londres se dá un baño tibio y perfumado para estirar los nervios; trágase dos cafiaspirinas para pulverizar un fuerte dolor de cabeza; y, aburrido, se pega un tiro en plena testa.

¡Cosas de blancos!

Interesante, ¿verdad?

"SE ALQUILA"

"Se alquila una pieza amueblada con pensión, **"a extranjeros de preferencia".**

Tal el aviso corrido en uno de los diarios capitalinos.

Llegó a la casa, como primer postor, un fraile español. ¡Mal agüero! La subarrendadora receló desde el primer momento.

—Es pequeña—declaró con franqueza el reverendo.-Como somos dos...

—¿Dos?

—Sí, señora, una sobrinita que me acompaña...

El segundo postor, un estudiante pobre y con el grave defecto de no ser extranjero. Además, todo el equipaje lo llevaba en la mano, envuelto en papel de tinte revolucionario.

Se presentó también un militar, con botas y foete. Dejó un olor a cuero, a retortas.

La señora no quería nada con las armas. Se declaró pacifista.

Llegóse un chino.

—Está alquilada yá la pieza, mintió la dama. Además, sólo alquilo a extranjeros.

Le sedujo al chino que por primera vez se le tomara por peruano y rectificó:

—No soy "piluán" siñolita, soy etlanjé.

—¡Qué insolencia! Extranjero ¡un chino! "*Anda, bañate*".

(La señora había tenido un amante argentino).

En el salón esperaba un nuevo solicitante.

Mientras la "señorita" se maquillaba para presentarse como mandan los cánones, la doméstica ilustraba:

—Es gringo. Y fuma cachimba.

—¡Estupendo! Me encantan los hombres que fuman la pipa. Son muy cumplidos.

Carl Namsem había estado vagando en busca de una habitación confortable. En presencia de la dama hizo una venia gentilísima, de corte teutón, estilo militar. Correcto, pidió excusas por la cachimba.

Carl Namsem, monolagaba la señora, suena a algo así como "mes cumplido mes pagado". Y, sin más, le extendió el primer recibo.

¿Garantías? ¿Para qué?

El ligero acento alemán y la cachimba, justificaban su confianza ilimitada en el nuevo inquilino.

Corridos los treinta días, con una puntualidad digna del mayor encomio, la dama le presentó otro recibo:

—Mes vencido, mes pagado, señora. A su vencimiento tendrá Ud. su plata.

Pero Carl Namsem, con cachimba y todo, marchaba sobre el tercer mes sin pagar.

—Caballero, ¡esta es una extorsión!

—Señora, vamos por partes y cucharadas. Yo estoy sin trabajo.

—¡Un extranjero sin trabajo! clamó estupefacta la dama.

—Es decir, tengo trabajo y no tengo trabajo. Según la nueva ley de deshaucio, en el artículo 797 del Código de Procedimientos Civiles, párrafo tercero, línea sexta...

—Pero -interrumpió la matrona, bastante alarmada-¿en qué se ocupa usted? ¿Cuál es su profesión?

Carl Namsem, llenando escandalosamente la sala con el olor pestilente de su cachimba en funciones, soltó la frase tremenda para una subarrendadora de piezas amuebladas "*a extranjeros de preferencia*":

—Soy tinterillo, señora. Y no soy extranjero.

La señora cayó a plomo, sincopada.

LOS INDEFINIDOS

Los indefinidos de la Lima que se fué vestían el clásico chaqué raído y roído, tongo "comble" y puños almidón-mugre que les cubrían los dedos. Esgrimían nudoso garrote.

Verba belicosa y desplantes de opereta. Su vida era un constante trasiego de cañazo en las cantinas de arrabal. Yantaban en los boliches de las fondas chinas, al margen de la higiene.

Entre ellos se ascendían con alta complacencia:

—¡Salud, mi Comandante!

—¡Salud, mi Coronel!

Uno de los primeros emisarios de la avanzada inmigratoria japonesa, había sentado sus reales en una chingana bajopontina, en la calle Camaroneros.

Cuatro indefinidos penetraron a estrenarla y pidieron con voz de mando, voz seca de cuartel, como a un recluta:

—Aquí, simio, dos "mulas" de fuerte.

Con venia gentilísima de ghe-shá, el nipón dobló la espina y atendió suavemente, como una musmé.

—Aquí, pericote, otra tanda doble.

Y otra, otra, y otra...

Nuevas venias y hondos resoplidos admirativos de puro estilo japonés. El negocio marchaba, bien valía la pena resoplar.

Pero llegó la hora fatídica de ajustar cuentas:

—*Ocho sore con cuatro reare, señorr, pagarr...*

—No tenemos plata, pero tenemos crédito que vale más que la plata. Te vamos a firmar un vale.

—*¿Un vare?* protestó alarmado el de Kobe:—*Un vare, no vare.*

—Somos sobrevivientes de grandes batallas...

El samurai no entendía de cobrarse en menciones honrosas o en tiras de papel. Y, lisa y llanamente, mandó llamar al cachaco.

Nosotros sabemos cómo los cachacos tenían aprendida la lección, al ser preparados para ingresar al cuerpo:

Comisario: ¿Para qué sirve la vara de la ley?

El chuto: Para *mitir* palo, pues, nomás, *oseñórias*, señor *comesáreos*.

Comisario:-¡Estupendo! Aprobado. A ver, que lo bañen, que lo tucen, que lo rasquetéen y que lo vistan. ¡Cabo! Plántele un número, déle la vara de la ley y que vaya a cuidar el orden. ¡Ipso!

Uno de estos especímenes fué el llamado a resolver el diferendo de los indefinidos con el simio. El coracorino no se anduvo por las ramas y a las primeras de cambio, sin dar tiempo siquiera para parpadear, arremetió a palos contra aquellos vetustos parlachines virulentos de café.

Los huaraperos, ni cortos ni perezosos, respondieron a conciencia con sus garrotes, amagando al chuto que se vió obligado a pitear alarma.

Sus colegas llovieron como avispas. Y tiraban palo a "*tutti quanti*", como locos. ¡Había que ver el negocio!

Yo puedo declarar que fuí testigo de excepción. Con todo, me partieron la cabeza. Y ciegos, cargaron también contra el japonés...Entonces, todos nos aliamos para contrarrestar la ofensiva coronguina. Los indefinidos daban órdenes estratégicas:

—A ver, ¡desfóndenme el ala derecha...(en el ala derecha cargaban tres cachacos).

—Ahora, sobre caliente, ¡a romper el ala izquierda. (en el ala izquierda vapuleaban dos cachacos napolitanos).

—Sacúdanme al cachaco del rincón...¡presionen el frente! Adelante! ¡Paso a vencedores!

-El lío se estaba poniendo serio. Pito. Llegó el oficial. Más pito. Llegó el mayor de guardias. Más pito. Llegó el Comisario. Cesó el piteo.

Se hizo la calma. Todo el capital del japonés convertido en botellas, se había hecho astillas.

¿Y ahora quien *pagarrr?*

—Que estos caballeros firmen el vale por los ocho soles cuarenta. Yo respondo. Soy la autoridad.

Cuentan que de esa fecha, los hijos del Sol Naciente han dejado de soplar.

Pero ahora nos hacen resoplar a nosotros.

El vale de los indefinidos se exhibe hoy en un museo de Osaka.

DAR DE SI

El que hoy sabe dar de si, hace muchas cosas buenas; sobre todo, hace un buen Rotario. Pero si alguna vez piensa y da de sí, antes que pensar en sí o en el vecino, un maremoto nos va a liquidar sin que tengamos tiempo para pensarlo.

El lema rotario nos parece un tanto exagerado: Jesús cristo fué más modesto: "No hagas a los otros..."

Pero si "dar de sí", es dar ideas, sólo ideas, antes que pensarlas, los señores Rotarios están reivindicados.

Está probado, eso sí, que "dan de sí" unos almuerzos que cortan el hipo. Está probado, también, que suelen tener aciertos, al margen de buenas digestiones. Y ¿a qué extrañarse? Saben hacer obras de provecho y de bien. Al César...

El rotario don Agapito estaba en completo desacuerdo con el lema bíblico: "Los últimos serán los primeros".

—¿Hase visto?–bramaba. ¿De cuándo acá? Compañeros–insinuó, mientras embestía el antipasto—ha llegado el momento culminante de "dar de sí". Se trata de hacer colocar unos carteles donde quiera que se produzcan apreturas:

"*Sírvase usted hacer cola*".

Y que los últimos que llegan al cinema o al teatro, sean los últimos en sacar su entrada, aquí y en cualquier parte, ¡qué caray!

Puesto a la orden del día, en la mayonesa. Discutido, en el "filet mignon". Sometido a voto en los "asperges a la reyne". Aprobado en la "crema volteada".

Las copas en alto. Y A DAR DE SI, se ha dicho, con champagne frappé de la viuda de Clicquot.

Los soderos brincaron. Hubo reunión extraordinaria. Deliberaron largo y tendido. De pronto el secretario se dió una palmada en la frente. ¿Había asesinado una mosca a mansalva? ¡Quiá! No. El secretario acababa de hacer un gran descubrimiento: lo que los señores Rotarios aconsejaban era hacer *cola* y no *kola* .No insinuaban, pues, la competencia.

Mandaron por un diccionario "aumentado y corregido". (No hay un diccionario que no esté aumentado y corregido) y acabaron por tranquilizarse. Y como habían soltado más viento que el contenido en sus propios gasómetros, estaban cedientos. Y bebieron mucha agua, agua mineral importada. Parece que nadie se atrevió a probar el agua de su propia elaboración.

Luego reconocieron que el Secretario era mozo de talento y pensaron aumentarle el sueldo.

Cosa que estudiarían después con mucha calma. Los soderos estudian una barbaridad.

Había en un cinema densidad de público esperando turno en la boletería.

Un hombre alto, corpulento, pelirrojo, llega último y se va de frente a la ventanilla. Extiende un

remo sobre varias cabezotas, con su "morlaco" en la mano, y pide una platea.

—Caballero,—le indica un policía municipal—ha llegado usted último. Sírvase hacer cola...

—¿Qué? Que haga *kola* yo? ¿Más de la que hago? Cinco mil docenas he vendido este año. ¿Quiere mayor producción?

El policía municipal se quedó abismado.

Verdad es que con muy poca cosa se abisman los policías municipales.

Ahora, ¿cómo alcanzar a decirle al caballero que hiciera "*cola*"?

Por otra parte, ¿Cómo decirle que no hiciera *kola?*

El sodero recogió muy campante su boleto, siguiendo el precepto bíblico: "Los últimos serán los primeros". Y pensó, complacido:

—No hay caso. Debo ampliar mi fábrica y hacer más kola. Mucha kola. Un diluvio de KOLA. ¿Que no lo ven? Si hasta la policía municipal me lo está pidiendo...

EN LA REDACCION

Estamos en la casa del pensamiento.

Vemos cómo las ideas van a fundirse en los linotipos, que fingen tableteos a la sordina.

Las máquinas de escribir van aportando combustible.

Escritores, cronistas, periodistas, aficionados.

El que entiende de toros, el que entiende de box. De carreras, de foot-ball, de teatros, de toros. El que no entiende de nada y todo lo sabe.

Son las tres, las cuatro de la madrugada.

Entra el cronista policial. El cronista policial está, como siempre, en bomba.

Toma su máquina y escribe. Alguien piensa que va a pasar el dato de su propia captura.

¡Qué vá! El cronista policial, hipando, se apresta a redactar un elogio a la "Liga Anti-alcohólica".

La escenografía está correcta.

En la mesa de la Redacción reposan unos clisés separados para la edición dominical. Los clisés son un lujo del periódico para los días de fiesta. Algo así como el terno nuevo que el huachafo reserva para estrenar el 28 de Julio.

—Este es el obispo Fulano. Un santo varón.

Muy dado a la caricia, algo insólito. ¿Dónde lo colocamos, doctor?

El doctor, Jefe de Redacción que no es doctor pero que se lo cree, desde todo lo alto de su jefatura, ordena:

—En la "Galería de Hombres Notables".

—Perfectamente. Este otro, que pretende una posición política por el hecho de tener una mujer bonita...

—Basta. Déjese de comentar. Colóquelo al lado de Monseñor con una leyenda laudatoria.

Los escritores, en pleno, menean la cabeza. Aquello parece un oleaje.

El cronista policial termina su elogio a la Liga y le propone a un colega que está redactando unas notas contra la invasión japonesa, salir a "tirarse un trago".

Pasan por la puerta de un café de un peruano, y se meten en el antro de Yoshida, súbdito del Japón.

Les sirven el pisco con gotas amargas, como de costumbre.

LA LIBERTAD

"En la Plaza de la Revolución, se está colocando la Estatua de la Libertad, que estaba en la Plaza de la Concordia", (De "El Intransigente")
(Managua)

Luz débil. Luz pálida.

Una palmera y una sombra.

Un número bosteza. Un número es la disciplina hecha carne humana.

El 48, pongamos. El 48 está destacado en la plaza de la Revolución. Su consigna: cuidar el orden. Muy bien. Los vecinos viven muy a gusto con el 48.

Bajo el arco voltaico, hay un zig-zag de botones dorados.

El 48 avanza. Paso tardo, de artrítico. Como el vagar de una noche sin rumbo y sin rumba.

Arriba la capucha, hasta las cejas robustas y "tiepsas".

Densa es la garúa.

El 48 sigue avanzando. Estamos a un metro de distancia. Hay olor a cuartel. A trapo quemado, a azufre, a cuero. El orden tiene su perfume.

—¿En donde queda La Libertad?–le pregunto.

El 48 estornuda dentro de una montaña de paño azul y mugre. No se le puede leer la expresión ni la intención. Todo es una montaña de ropa.

Al fin se desemboza. El 48 es blanquizco y tiene un diente de oro. Un policía que se respeta tiene siempre un diente de oro para sonreir, exhibiéndolo, mientras sensibiliza su sino.

—La Libertad-responde-la tiene Ud. ahí, tirada por los suelos largo de tres noches, amarrada con sogas por el cuello: Está esperando que la icen...

¡El 48 está loco! El 48 ha perdido el juicio!

—Sí, señor. Y a mi me tiene Ud. esclavo de ella, cuidándola.

—¿Pero qué dice?

—¡Cómo! que no lo ve? Si no parece esperar que la suban a su pedestal. Cualquiera cree que se ha venido "guarda abajo", rompiéndose cuatro costillas.

—¿Y a mi que me importa? Yo le estoy preguntando por la calle de La Libertad.

—Ah!

Obtenida la dirección, cuando daba con la Libertad, otro "número" me vió cara de serrano sospechoso y me llevó preso.

El Comisario, ante mi protesta, me explicó:

—Joven, es necesario encarcelar en Managua a todo el mundo, por horas, por días, para que puedan decir después, al verse libres ¡hay libertad! El que grita que no hay libertad cuando nunca lo han espiado, no sabe lo que se dice. Todo ciudadano se siente realmente libre cuando ve con que facilidad les doy la libertad y con qué facilidad se lo podría quitar...

¡Lógica aplastante la de aquel modelo de comisarios managüenses!

EL HUMORISMO DE APOLINARIO

Apolinario está siempre en caja con su humorismo de línea vertical y de difuso ateísmo. Con una escuadra y un compás en las manos, construye, con la misma facilidad, un edificio y una chirigota.

El espectáculo de unas paralelas o la fuga de una tangente, le hacen brotar incontenible la ironía. Y en la búsqueda de la ecuación, la resultante de sus deducciones y de sus análisis, nos deja siempre una sonrisa en los labios.

—La sonrisa-comenta Apolinario—es latina. La carcajada es cafre. Según todos los cálculos de probabilidades, en los helenos, la sonrisa era la multiplicación de "una lágrima que no se ha llorado". La forma sonriente es romboidal, y está probado que una reciente especulación algebraica ha hecho saltar la incógnita.

—Decir helénico-insiste Apolinario—no es decir precisamente griego, ¡no confundir! Exceptuemos, entonces, el jeroglífico de la sonrisa cansina de Venízelos y la carcajada irruente del malogrado Papadópulos.

Yo le escuchaba con admiración. Siempre me han interesado vivamente estas demostraciones científicas de buen humor, que resuelven alegremen-

te con el compás y las matemáticas, todos los problemas de la vida.

Un día le visité en son de consulta. Nuestra dicha conyugal (la de mi mujer y la mía) fué turbada intempestivamente por un garrafazo que mi costilla me lanzó de frente y a la cabeza, revolucionando la serenidad aldeana de nuestra vida doméstica.

Sólo el talento elipsoidal de Apolinario podía resolver el desaguisado. Escuchémosle:

La garrafa, mi querido Aristófanes, es un compuesto sólido. Al chocar con una cabeza dura como la tuya, se desequilibra y anula. Proceso violento de desintegración. Nos falta estudiar únicamente el punto de partida, circunscripto al movimiento que genera el impulso: un brazo que se estira horizontalmente trazando una recta...

—Bien. Concreta, Apolinario.

—A eso voy. Los hombres, como las columnas, son verticales. Fíjate, porque estoy acercándome a la solución del caso que me consultas. Tu mujer, de pié ante tí, es tan vertical como tú. Sólo que si le tiras un garrafazo en la cabeza que le produzca el K. O, tendremos que tu mujer pasa a ser una horizontal...

—¿Ah?

—En arquitectura, hombre.

—¡Ah!

—Y ahora vamos a resolver.

Apolinario trazó con gesto displiscente un dibujo, lo puso en mis manos, y me dijo afable:

—Véte tranquilo y no te preocupes. Esto lo define todo: dos verticales y dos horizontales. Sencillísimo: la paz doméstica es apenas una figura geométrica.

Nada más.

SALVAJES DE EUROPA

Unos suizos habían nacido en la Suiza sin saberlo. Vivían en un valle hundido entre altas montañas, ocultos a las miradas del mundo.

Jamás tuvieron contacto con lo que llamamos la civilización, lo que en buen romance significa tener mucha suiza.

Costumbres morigeradas. Todos eran buenos y, sobre todas las cosas, eran justos.

Ser justo revela más alma que ser bueno.

Vida agreste. Socialismo del hombre que nace socialista sin sospecharlo.

Los socialistas del día pretenden la distribución de la cosa. Pero entendiéndola ellos, sólo comparten...los panoramas que nos brinda la Naturaleza.

Ocurriósele a los miembros de la Corte de Justicia de una ciudad vecina, organizar una excursión cinegética.

A la cabeza de la comitiva, marchaba el Presidente, montado en mula baya.

Cabalgaba el Fiscal, mula prieta.

Zaina, parda y pelirroja, tres Vocales. Blanca el cuarto. Todas bestias mansas, de artríticos.

El color de las cabalgaduras no vienen al pelo, pero el pelo le viene muy bien a las mulas.

Los Vocales perdieron la orientación.

Nadie se extrañó. Y cayeron a plomo sobre el pueblo ignoto y raro.

La sorpresa, por la pinta de aquellos vetustos aparecidos, hidrópicos, obesos, cangestionados, salvo el esmirriado Fiscal, bilioso, indujo a los poblanos a armarse de sendos palos.

—¡Somos la Justicia!-clamó indignado el Presidente.

—¿Qué es la Justicia? interrogó con grande asombro el Jefe de la tribu, que tal debía ser por las lenguas barbas que arrastraba.

La barba ha sido un atributo de mando, de fuerza varonil, de poder. Hoy es cosa de locos manejarse tanta pelambre.

¿Qué es la Justicia?

¡Claro! ¿Cómo pretender que esa gente supiera lo que era la Justicia, cuando jamás había conocido la Injusticia?

Por otro lado, ¿cómo tratar de convencer a aquellos ilustres varones de que estaban tratando con salvajes?

¿Es salvaje el que nace y vive alejado de la civilización?

En América, en Asia, en Africa, puede.

¿Pero concebir que en pleno corazón de Europa, no digamos que dentro de la misma Suiza, se pueda llamar salvajes a los salvajes? "Amos", hombre, ¡eso nunca!

El Presidente estaba viviendo su cuarto de hora de justa indignación:

—¡Ato de criminales, locos de remate! ¡Ya man-

daremos por vosotros para aplicaros el condigno castigo!

Y la Corte, en pleno, volvió grupas.

Así, esa buena gente, esos salvajes de Europa que ignoraban serlo, en su primer contacto con la civilización, llegaron a conocer, de golpe, entre sabios considerandos, algo que hubieran siempre debido ignorar: Lo que significa Justicia e Injusticia.

PIROPISTAS

El piropo establece una corriente alterna entre el piropeante y la piropeada.

Para que logre su objetivo, el piropo debe ser fino, ingenioso, ajustado.

La sonrisa, a diapasón con la frase.

La dentadura limpia, bien cuidada, blanca.

El aliento, nada fétido.

La voz, de tenor contratado, suave, dulce, a tono con la distancia de la zona que se pretende amagar.

Hay que guardar un perfecto equilibrio de la medida, del temple.

Una frase, diremos, legible, pero que pase como un susurro, como un suspiro.

La mujer es una antena ambulante dispuesta a captar todo lo que puede agradarla, es cierto: pero el hombre, ¡cuántas veces es un animal que no atina sino a decirle burradas e insolencias!

Y luego se escuda en que ha soltado un piropo. ¡A cualquiera cosa le llama piropo!—y ha soltado una barrabasada.

En una ocasión se prohibió, "so pena de cárcel",

esa libertad, esa exclusiva de dirigirse a una dama, haciendo flotar al patán o al bellaco.

La antigua cachaquería, vara en ristre, era la llamada a sofocar esos atentados a la idea y a las buenas costumbres.

Una noche acompañaba por una plazuela a una hermosa dama, de las que dan el opio. Avanza el hocico un cachaco, se olvida de la ley y de "so vara" puesta al servicio del órden público, y lanza el piropo bestial, rojo, candente.

Antes que castigarle, busqué el atenuante en su imbecilidad y opté por darle, en lugar de una paliza, un buen consejo:

—Amigo, tómese el último trago gratis de cañazo donde el chino, extienda su parte y, luego, condúzcase preso a sí mismo. Es una solución atinada. Aunque el Comisario, después, se desmaye de asombro.

DEL PASADO

"Kansas", "Arkansas", "Alabama", "Connecticut", "Ohío"...grandes acorazados de la U. S. Navy, con otros cien barcos, anclaban en la bahía del Callao.

Carteles pegados a los muros, exhibían nuestra cortesía internacional:

"*Welcome to the american fleet*"

Con la llegada de los rubios, fornidos y jacarandosos hijos del General Jackson, nos destapamos en un americanismo yancófilo incontenible.

De las librerías volaban los métodos Cortina para aprender el inglés en veinte lecciones, como declara con cierto desparpajo el autor. Y a poco que durara la "stage" de los nenes, nos íbamos a olvidar de nuestro "yo" castellano. El "yes" y el "all right" sonaba hasta en los timbres de alarma de nuestros "homes".

Los maitres d'hotels, infiriendo manifiesto agravio al locro, al seco y al tacu-tacu, confeccionaban los menús: Lomito a la Monroe. Huevos pasados Missisipí. Pollos a la Far West. Anticuchos a la Mark Twain. ¡Cuanto cabe!

La palizada de Abajo el Puente (hoy barriada del Rimac) destrozó el cuartel de una picantería chiclayana que anunciaba:

"*Para hoy arroz con pato a la Wall Street*".

Una huachafa hizo circular esta invitación: "Tengo el honor de invitar a Ud. a un *Five o clock te*, mañana a las siete para tomar una taza de chocolate. "Y fué muy comentada la libre traducción que se hacía del cartelito de bienvenida: "*Welcome to the american fleet*" por "*Vé, come y toma te con los fletes americanos*".

Una ronda de amigos, de paseo por Chorrillos pedimos churrascos en una fonda.

—Aquí, mozo, cinco churrascos a la chorrillana.

El cholo corcoveando nos contestó secamente:

—No hay "chorrascos" a la chorrillana.

—¿Que nó?

—No. Sólo tenemos chorrascos a la...americana.

No tuvimos mas remedio que tirarle la vajilla por la cabeza.

COLOR HONESTO

Debemos preguntar donde principia el color honesto y donde termina. Y en que punto "no le ofende el color" al paciente. Es decir el color negro. El color de la hicteria, el amarillo, al chino o al japonés no le ofende. Cuando nos parece que un asiático tiene la rareza de superarse, lamentamos que sea chino, o japonés.

Somos piadosos con los negros a los que le queremos rebajar el tinte: "es bastante amarcigadito".

La manera gentil de congraciarse con un negro es la de llamarle moreno. Y el "moreno" siente la impresión de que le pasaran por la cara un brochazo de cal. Se ve menos tinto, y sonríe satisfecho con el adjetivo, haciendo reflejar en cada diente la luz escandalosamente blanca de un arco voltaico.

El negro "de facto" nó recurre al maquillaje. Decir polvos, es decir color blanco o rosado. Hasta este momento, que sepamos, nadie ha lanzado en plaza el polvo negro. El negro no tiene pelos en la barba (a un lado los de la lengua), y no se afeita. ¿Para qué polvearse? Pero a las negras habría que darles también sus polvos. Son féminas y tienen el derecho a "negrearse" suavizándose.

Lo grave estriba en el zambo que las quiere echar a blanco. ¡Cuántas veces les vemos estúpidamente polveados hasta los ojos, como si acabaran de meter la cabeza dentro de un costal de harina!

Conocí a un zambo más listo que pretendía arrancarse el color honesto frotándose diariamente la fachada con piedra pomes. Lo que se ponía cada vez más blanca era la piedra.

Cosas hay que le están vedadas al negro: que se le suban los colores a la cara o que se ponga rojo de rubor. Cuando más, se pone cenizo. Y su palidez semeja concho de vino.

El negro cuando puede se viste blanco. Se pirra también por los colores violentos...Y por ese amor al color opuesto al de sus pigmentos, no hay negro tirador. Imposible. ¿Cómo pretender que un negro vaya a tirar al blanco? ¿Su color preferido?

TEORIA DEL FUEGO

En una ciudad de la costa, un flamante cuerpo de bomberos había organizado un incendio teórico.

El incendio debía producirse el día domingo a las 3 p. m. en punto, amagando un edificio de dos pisos, situado en la calle céntrica.

Para despertar el espíritu bomberil entre las masas, se hizo mucha propagando. De la ciudad y de los pueblos aledaños concurriría la mar de gente ávida de presenciar la maniobra.

Las autoridades cuidarían el orden, conteniendo a los más exaltados.

Nosotros sabemos cómo en cada individuo se esconde un presunto bombero, dispuesto a arrojarse, temerariamente, entre las llamas.

Son las 3 p. m. en punto. Un toque escandaloso anuncia el principio de la conflagración. Las campanas tocan a rebato. Alguien comunica al cuartel de la bomba, precipitadamente, que en el edificio X..., de dos pisos, se está elevando una densa columna de humo.

Para estar en caja, el comandante finge recibir noticias de sorpresa, y apenas si atina a colocarse

unas cuantas medallas, las botas impermeables y un kepí cuajado de galones dorados.

Llegan jadeantes los bomberos noveles y se da comienzo a la actuación promordial: tratar de poner en movimiento el motor de un viejo camión inservible, que más parece dispuesto a incendiarse ante las barbas del jefe general de la bomba, que de echarse a rodar por esas calles.

Por fin arranca, rumbo al río. Vá a llenar sus tanques (ex-petróleo) de agua mansa. Y a la hora justa de retraso, frente al local teóricamente envuelto en llamas, trasiegan con baldes el agua a la bomba de mano.

Hay un defecto grave para una bomba de mano colocada frente a un siniestro: ¡no achica!

Mandan por llaves inglesas, desarmadores, huaipe, aceite. A las 5 p. m. pasa por el pitón el primer chorro delgado de agua turbia ante el aplauso entusiasta de la multitud. Minutos después, el comandante ordena al oficial-corneta que toque el "alto el agua":

"*Tatarí, tatarí, tá...tá...tá...*"

En realidad el agua se había agotado.

Efectuadas las deducciones técnicas, se dedujo de que sólo se hubiera quemado el gallinero y un cuarto de cachivaches de la azotea, impidiendo "la oportuna y eficaz intervención de la bomba", que el fuego se propagara a los inmuebles vecinos.

Al treparse los bomberos al edificio, se desprendió con estruendo la cornisa, seguramente para no dejarlo todo confiado al simulacro.

No hubo felizmente, desgracias personales que lamentar.

Como en la ciudad sólo existe la Compañía de Bomberos número uno, quedó de turno la bomba número dos, hipotéticamente.

La gente se retiró satisfecha de haber presenciado un incendio con la fantasía.

Pero aquí viene lo grave. Lo que fué ficción se convirtió en realidad, cuando a media noche, principió a arder "de a deveras" el edificio que se había prestado a la prueba, quedando reducido a escombros en menos de tres cuartos de hora, junto con los inmuebles vecinos.

Lo que prueba que una cosa es el fuego, compadre, y otra su teoría.

COCKTAIL CARO

En cónclave de amigos japoneses, hice una presentación espectacular.

—Fulano de Tal, banquero.

Ante el título, los hijos del Sol Naciente absorbieron buena cantidad de aire y se inclinaron profundamente. El japonés es melifluo.

Han corrido los años. Estamos ante nuevos amigos nipones, a quienes me toca hacer la presentación del mismo banquero, antiguo amigo mío.

Esta vez nadie succiona vendavales. Nadie se inclina con ademanes gentiles de ghe-shás.

—¿Qué pasa?

Uno de los amarillos, con dos lupas montadas sobre las narices chatas, que le dilataban la mirada oblicua, me extiende un periódico de Kobe, y me traduce un garabato: ¡STAVISKI!

Las lupas se llenan de malicia y de ironía.

Y los ojos pericotunos de los samuráis, diminutos y ahuecados, culebrean sobre una sarcástica sonrisa.

Calixto era un mozo *muy lixto*. Además, había heredado una fortuna, depositada en cuenta co-

rriente en el "Banco Propulsor de las Industrias".

Un día fué llamado por el Gerente, quien le propuso un gran negocio: Explotar un banco. Un banco...de ostras.

Calixto, muy lixto, mordió. Y para que el negocio fuera conducido por manos expertas y limpias, el Gerente del banco, fué el Gerente, también, del banco.

Calixto, para impulsar el negocio, se comía todas las ostras que hallaba a su alcance. A la verdad, las ostras le tenían hasta la coronilla.

Un día en que estaba en un hotel lujoso tomándose el milésimo cocktail de ostras, fué llamado al teléfono. ¿Qué pasó?

El barmann explicaba:—Salió de la caseta como loco. Mirándome fijamente, me dijo: "¿Sabe Ud. cuánto me cuesta éste cocktail? ¡Me cuesta veinte mil libras! Me acaban de avisar que el Gerente se ha fugado del Banco y las ostras, tambien, del banco".

—Yo no le entendí lo que quería decir, pero aquí tienen todas las botellas que me destrozó el bárbaro...Ahora ¿quién me las paga?

PRISIONES CONFORTABLES

Corría el año 96. Se agasajaba en X...al nuevo Prefecto, en opíparo banquete.

Los discursos y el champagne andaban bobos.

El señor Prefecto quiso corresponder la atención en los salones prefecturales.

Y se inició el desfile por las calles céntricas. Brillaban al sol andino las chisteras de postín.

Las chisteras prolongan el vacío de las mentalidades obtusas.

En sentido contrario avanzaban tres individuos de mala catadura arrastrando a un hombre embriagado.

-¿Qué significa? Será posible permitir este salvajismo?

El señor Prefecto se indigna. Hay prefectos que se indignan.

El séquito, tal vez abituado al espectáculo, estaba asombrado. Asombrado del asombro de la primera autoridad política.

—Este hombre tiene el seso perdido,—pensó que no dijo el Alcalde.

"Este hombre" era el Prefecto.

Se impuso una explicación:

—Los arrastradores, señor, son los presos. Y el arrastrado es el Alcaide. No hay importancia que dar...

—¿Que no hay importancia que dar? ¿Cómo dijo?

—Le explicaremos. Como aquí a los presos no hay quien los aliente, el Juez y el Alcaide los autorizan para que salgan a efectuar un "robito" cada cierto. tiempo, y desde luego, van al partir como una compensación honesta entre la Justicia y la Injusticia. Y es así que el Alcaide, cuando recibe su parte, siendo buen cristiano, sale a arrimarse una bomba. Los presos que le guardan cariño y temen que se lastime, salen de la prisión en su busca, le apercollan en donde esté y se lo llevan a la cárcel.

Los invitados penetraron al salón de la prefectura, convencidos de que el Prefecto, de no paseársele el alma, muy poco tendría en que ocuparse, para fijarse en asuntos tan baladíes.

¡¡BUENA GENTE!!

Un inquilino español, menudo y narigón, había tomado una contrata en una carretera de penetración a la Sierra.

Todo marchaba de perilla. Había dinero en abundancia y la carretera avanzaba velozmente, a punta de plata.

Para trasladarse rápidamente, este hijo del Cid, cabalgaba una moto.

Corría como el viento.

La indiada se preocupaba de él y de su artefacto. Sabemos que ningún adelanto de la civilización sorprende al indio. Sólo cuando sentía el estruendo de ametralladora de la máquina, dejaba libre el paso, arreando a un lado la piara o la récua: "*Ush, ush, ush...*"

La moto pasaba como una tromba en la vía libre preparada con respeto, con sumisión, con humildad.

—¡Buena gente, esta indiada—monologaba el narigoncito.

Pero un día...

Un día, en una curva, sobre el pelmazo, aminoró la velocidad.

—A ese, ¡mátalo!–le pareció oír.

Volvió instintivamente...la nariz.

Cuatro indios arrieros empuñaban sendas piedras.

Una chocó contra el tapabarro. Otra le voló la gorra. Otra...Bien. No esperó la cuarta y aceleró, huyendo como alma que lleva el diablo.

—Alguna confusión, sin duda-pensaba-¡Tan buena gente!

Pero en adelante sentiría bajo las ruedas la sorda inquina: un día le cerraría el camino una tendida de alambres con púas; otro, un bache, sabiamente camuflado, le haría saltar con riesgo de su vida.

—¿Pero qué pasa, rediez?

En el tramo de "Los Boliches", en una curva cerrada sobre un puente, le atravesaron un tronco. La noche estaba espesa. En el encontronazo salió disparado cinco metros "p'alante".

Veinte hombres, que habían estado ocultos, se le abalanzaron armados de palos y machetes.

Los energúmenos acometieron, antes, contra la moto, haciéndola trizas, mientras el español huía protegido por las sombras, felizmente.

En una choza donde recaló, en busca de amparo, un indio le recibió con un adobazo que por poco lo apabulla.

—Pues ahora me vas a decir tú,–le exigió poniéndole el revólver al pecho-que hay conmigo, por qué me quieren ustedes asesinar...

—Porque andas buscando de noche a nuestros hijitos para robártelos y enterrarlos al pié de tus máquinas, por eso, te "estamos queriendo matar", pues.

—¿Yo? ¡YO?

No quiso saber más. Como pudo llegó al campamento.

—Oye tú, Paco. Lía maletas y "fijarse pá" cuando sale "er" primer barco a España. Y que el Prefecto mande una Compañía que me escolte al puerto.

Y con amarga sonrisa, agregó:

—¡¡Buena gente, esta indiada!!

EN REHENES

Al Jefe revolucionario de las huestes pierolistas, coronel don Manuel David Flores, le habían copado, en una aldea de la sierra, a treinta hombres de sus efectivos.

Entraba el Coronel al dicho lugar con el grueso de las montoneras, para imponer un correctivo, cuando se le acercaron humildemente las mujeres—huelga decir que los hombres se habían eclipsado-y, para congraciarse con él, rogáronle concurrir a una misa de salud. A las puertas del templo—supremo homenaje!—colocaron a San Pedro, patrono del poblado.

Terminada la ceremonia, don Manuel David ordenó que se sacara al Santo en procesión y que la tropa le rindiera honores.

Las féminas estaban de plácemes. Todo lo esperaban, menos este desenlace, que se traía humos de milagro.

Pero aquí viene la gorda: el Santo no daba la vuelta al cuadrilátero de la Plaza de Armas; el Santo seguía...seguía...con rumbo a las afueras.

Cientos de brazos se extendieron ante la recia

figura del Jefe, enhiesta sobre un penco, en una muda, desesperada interrogación.

—San Pedro—ajustaba el valiente militar—vá preso. Y permanecerá en la cárcel hasta que me devuelvan los treinta fusiles de los treinta hombres que me han asesinado. Pero eso sí, ¡ofrezco devolverlo a su templo con todos los honores, que buen cristiano soy, y mejor aviado de los que está, que es vergüenza tenerle en tan malas trazas.

Y volviéndose hacia su ayudante, comentó:

—Si no parece un Santo. ¡Parece un bandido!

Los sollozos, los lamentos, los aullidos de aquellas devotas oíanse a una legua a la redonda.

—Uno a uno—nos cuenta el hoy octuagenario coronel Flores -fueron devueltos los treinta fusiles, y creo que hasta con yapa...

San Pedro, entonces, fué reintegrado a su templo, oficiándose misa solemne.

Aquí terminaría el episodio, pero "un notable", durante la ceremonia, entre salmo y salmo, "pidió a palabra", justo al pié del altar. ¡Notable!

—Diga Ud., consintió don Manuel David.

—Señor Coronel: El curita aquí presente tiene tres queridas. Y las clava una en cada puerta de la iglesia, para que vayan anotando a las mujeres preñadas que ingresan. Después pasa él y cobra los "derechos de bautizo" antes de que "paran", señor. Mi Coronel: ¡pedimos justicia y sanción!

—Justifíquese, señor cura.

—Valgan verdades, así es, señor. Pero si no les

cobro a las grávidas antes de que den a luz, me bautizan a sus críos en otra parroquia; y si no les cobro "a los cadáveres" que han dado en enterrar donde mejor se les ocurre, pregunto: ¿De que vivirá un pobre párroco, sin bautizos y sin muertos?

—Está Ud. justificado. Y—agregó con picardía don Manuel David—la iglesia...¿tiene sólo tres puertas?

—Sí, señor, sólo tres—respondió con humildad el santo varón, haciendo correr las cuentas de su rosario—¡es tan pequeña, fatalmente, mi Coronel!

VOCACION

Celestino Assala, al terminar su instrucción media, fué abordado severamente por su padre:

—Hoy cumples quince años y es preciso que te decidas por una carrera.

—Papá, tu sabes que nunca voy al Hipódromo...

—He dicho por una carrera profesional, necio. ¿Quieres ser médico?

—Soy escrupuloso, papá. No quisiera tener remordimientos de conciencia.

—Bien, hijo. Te dedicarás a la jurisprudencia. Serás abogado. Bueno o malo, no importa. La política te abrirá las puertas de par en par. Puedes ser diputado, Ministro, Presidente.

—Tu entusiasmo, papá, no me contagia. Las causas justas se ganan solas, sin dar renombre. Y yo no estaría para defender injusticias.

—Entonces-repuso el buen papá, que iba perdiendo la paciencia—, te haremos fraile.

—Los frailes, papá, son peso muerto. No quiero ser parasitario.

—¿Qué demonios quieres ser, entonces?

—Barman, papá.

—¿Qué dices, bárbaro?

—Barman. Cantinero. Escucha. Llegar a preparar con arte un buen cocktail en una cantina de lujo, dirigir con talento un negocio de biblias, de ponches, de mistelas y disponer sabiamente los mil colores de todo el botellaje que se produce en el mundo, desde las Viudas de Clicquot y de Brizard a mister Jonnhie Walker, a Signor Campari y a Monsieur de Baccardi. Esta, papá, es mi vocación.

No sabemos cómo este papá fué respetado por la apoplegía.

Han corrido los años. Celestino es ahora un hombre maduro, lampiño, barrigón y mofletudo. Regenta un bar que paga patente de primera. Un gran bar. Y tras del mostrador vierte a los parroquianos todo el "slang" aprendido en los "dogs" de todos los puertos de los mares.

Han bajado los bríos de sus años mozos. Pero reacciona cuando se pone en trance de batir un cocktail.

La cocktelera es a Celestino Assala, lo que la muleta a Juan Belmonte. Hace maravillas.

El no prueba una copa. Pero su aspecto es el de quién marcha hacia la intoxicación etílica.

En su ancha cara se ha concentrado y se refleja como en un espejo, la flajelada expresión de los alcohólicos que frecuentan su bar. Cuando alguien le llama "borracho", se le dilata la pupila en el colmo del asombro: ¿Borracho, yo? ¿Yo, que nunca pruebo una copa?

Profesión ingloriosa. El barman ha tenido que revestirse de varias máscaras para disfrazar su es-

tado de alma, para modularlo a tono con las genialidades de la parroquia.

Hay borrachos que se enternecen y le abrazan y le besuquean. Otros que, sin más, le disparan con las botellas y le cubren de insultos.

—Contemplar el espectáculo diario de estos venticuatrinos-exclama don Celestino Assala—es aborrecerlos cordialmente. ¡Y pensar que yo tengo que vivir de ellos! Bien decía mi padre. Algún día dejo el bar, y lanzo mi candidatura a una diputación. ¡Estoy harto!

IMPROPIA PARA SEÑORITAS

En el toreo, Juan Belmonte dice, el secreto está en el temple. La distancia que media entre la muleta y la cabeza del toro.

El éxito de la vida estriba también en el temple. En el sentido de la medida.

En las películas, nosotros les damos a las señoritas el espectáculo que creemos pueden o deben absorber. Es decir, les damos "temple".

Cuando el besuqueo es muy intenso y las Gretas culebrean una danza del vientre con rumbos a la pornografía, pensamos que estas señoritas están haciendo algo feo que las otras señoritas no deben ver. Entonces cae el machete de la censura.

Viejas solteronas despotrican, prendidas al celuloide, excitadas, congestionadas de pudor, contra la moral elástica y sentencian: Esta escena la puede ver una señorita de 16 años. Esta otra una de 18, la de más allá la puede ver una señorita de 60 años. Y cortan, cortan. La moral se hace tiras.

Un Feliciano cualquiera, aferrado a sus arcaicas tradiciones conservadoras, fué picado como una manzana con gusanera por un título de película impropia: "Besos con lengua".

—¿Qué será esto?-se preguntaba ingenuamente el buen Feliciano. ¿Qué tiene que hacer el beso con la lengua? Vamos a cerciorarnos.

A duras penas pudo conseguir una localidad. El teatro estaba reventando de señoritas, ante el asombro y la indignación de nuestro hombre.

—Hoy-comentaba un compadre que se le sentó a su lado-es el gran negocio para la empresa. Cuando anuncia una "impropia", muy pocas son las niñas que se quedan en casa.

—¡Qué horror!

Escandalizado ante las primeras escenas del film, dejó las sombras "propicias" y se largó a casita.

—¿Y las niñas? indagó.

—Las niñas-patrón, se han ido a ver "Besos con lengua" alcahueteó la vieja negra cocinera.

A don Feliciano, un mazazo en la cabeza calva no le produjera mayor conmoción.

Entraron revoloteando las damiselas. El buen papá se estiró como si estuviera en trance de recibir las Palmas Académicas:

--Muy bien. Lo sabemos todo. Quiere decir que nos estamos dedicando a la pornografía, a la sicalipsis...Con que...besos con lengua, ¿no?

Su voz consternada tenía el tremor de las supremas emociones.

—Papá, ya te estás poniendo chocho. ¡A tus años! ¡Si la tal película es una bobada!

—Y una estafa, papá -ajustó Chavela, la menorcita-. Cuando anuncian que una película es impropia para nosotras, que lo sea de verdad. Lo que están haciendo es inmoral. Protesta, papá, y escribe un comunicado para "El Comercio".

—Está bien, Chavela, escribiré...

Un papá que principiaba a evolucionar.

HERRARE

—A mí, las grandes preocupaciones me dan sueño-me explicaba el mozo que me atendía en el restorán-. Por contraste, las intensas alegrías me desvelan.

Alegría intensa era para él embolsicarse una buena propina. Entonces su dinamismo se manifestaba en la rapidez con que aligeraba de cacharros la mesa, asombrando al "maitre" y al cliente.

—El día en que falleció mi abuela, la que me crió a falta de mi madre,-estaba el mozo en vena de confidencias-, dormí tres días de un tirón. Mi dolor había sido muy hondo. Ahora mismo, al acordarme de ella, Ud. lo ve...me está dando sueño...

Hube de sostenerlo para que no se partiera la cabeza sobre las losetas.

Hay sujeto interesante para un estudio fisiológico. Pero dejemos discurrir al cholo:

—Un día me saqué un huacho de la gorda. Sesenta horas sin dormir de felicidad. Cuando me devolvía a mi tierra, para gozarme de la plata, me hicieron el cuento del nicho, y me dejaron poco menos que pelado. Sumido en un profundo letargo, consecuencia de mi dolor, me llevaron a un hospital.

—Los médicos me sometieron a un tratamiento de puros experimentos, como conejo de prueba, y me tenían acribillado a inyecciones. Cuando al quinto día tuve un momento de lucidez mientras me estaban clavando un lancetazo, la monja dijo:

—¡Lástima que no reaccione este cholo, con la herencia que le ha dejado su tío el carnicero Tomás...

—En este momento el galeno soltaba la aguja y yo brinqué loco de alegría dispuesto a pasarme cinco días en vela. Pero aquí, señor-continúa explicando el mozo del restorán—viene lo bueno. El médico se puso a gritar que había triunfado el laboratorio y la medicina y llamó a los colegas, para esplicar y celebrar el acontecimiento. "En eso" llegó el ayudante con los pelos "paraos". -Doctor, dijo, nos hemos equivocado lamentablemente. La inyección aplicada a este serrano, estaba destinada al enfermo insomne número 45. Es una ampolleta anestésica de Evipan sódico...

—No importa. De todos modos debemos felicitarnos de esta nueva conquista de la ciencia que viene a revolucionar los sistemas empleados hasta hoy. En adelante, colegas, el tipo que se nos venga a dormírsenos como esta marmota, le aplicaremos una fuerte dosis de opio...para despertarle.

GRAND HOTEL INCONCEBIBLE

Con mano firme Leonardo da Vinci traza los planos futuristas del Grand Hotel Inconcebible.

Decoraciones de Giotto, Cuadros del Tintoretto, de van Dick; de el Greco.

Cinceladuras de Benvenuto Cellini.

En el mármol el buril de Praxiteles y de Rodin.

En la cocina Brillat Savarin, condimentando los menúes con sal...ática.

Pasteur en persona, encargado de pasteurizar los líquidos y los víveres.

Una lavandería a vapor, con Fulton a la cabeza.

Adscrito al W. C., Topaze.

Y a cuidar el ropero, las madamas de Pompadour y de Recamier.

Romain Rolland para instruir a los pinches de cocina, con lecciones de sentido común.

En las puertas montando guardia, d'Artagnan y la nariz brutal de Cirano de Bergerac.

Maitre, un dandy de buen gusto: Brummel.

Al Chi-Fán, el general Fu Man Chú.

Encargado del buffet. Petronio, que conserva el ritmo de un gesto imperial.

Al servicio del comedor los diplomáticos retirados, exhuberantes de condecoraciones.

Para satisfacer a los románticos, una orquesta dirigida por Bellini.

Bajo la battuta de Wagner, las grandes sinfonías alimentan el espíritu fuerte y selecto.

Paderewsky al piano. En las tablas. Tamagno, Gayarre, Caruso. La Malibrán y Adelina Patti.

Y como primeros violines, poca cosa: Paganini, Zarasate, Misha Elma.

Desempeña las funciones de speacker. Castelar, don Emilio.

Se encargan de la vigilancia Sherlock-Holmes y Nick-Carter

D'Annunzio cobra un chelín por palabra para idealizar sutilmente sobre la punta de un espárrago. ¡Hay que ver!

Ha ofrecido su concurso gentil, como gigolós: Bernard Shaw, Flammarion, el príncipe de Murat, Mazzarino, Fra Savonarola y Edmond Rostand. También Disraeli.

Lo mismo para gigolettes: Cleopatra, Micaela Villegas, la bella Otero, Josefina Baker y una ñusta imperial. Y la Gioconda, Isadora Duncan, la señora Pawlova, la Bertini y Mata-Hari. Y algunas princesas rusas.

Víctor Hugo para dirigir el cotillón.

Se contrata la orquesta de los "Gatos Negros" Cubanos, en estado de epilepsia.

Pero aquí hay una cosa que se debe distinguir: son invitados de honor todos los hombres ilustres. Generalmente el hombre ilustre es invitado y no paga. Vive de gorra. Los millonarios, o sencillamente los ricos harán el gasto, beneficiándose con el lustre del roce.

Concepción feliz de un negocio seguro, brutal, creado por Madame Thebes.

Se abren las puertas de este Grand Hotel Inconcebible.

Shakespeare entra de brazo con el Dante lenta-

mente. Parecen decepcionados de la vida, bajo el peso de las espaldas corvadas.

El Dante entrega su corona de laureles a Madame Pompadour, inclinándose en una venia, larga, honda, casi elegante, mientras recibe su ticket. Acierta a verle Beatrice Cenci-dicen que su amante-y en sus ojos dulces brilla un rayo de celos. El Dante la tranquiliza con un soneto.

Edgardo Poe, Verlain y Florencio Sánchez, no acaban de sorberse todo el abscinte del bar, Petronio se hace cruces, naturalmente.

Vemos como Bismarck y Maetternlich se divierten rompiendo tiras de papel. Hay quien dice que son "tratados".

Napoleón y von Hindemburg discurren con sosiego, en santa paz, de posibles guerras para encarrilar a la civilización.

Julio César y Mussolini dialogan sobre recrudescencias históricas, con los ojos abiertos.

Da una mala nota Oscar Wilde, al ponerle los ojos en blanco a Cambronne.

El mariscal de Francia, caliente repite su célebre palabra y acude presuroso Pasteur para desinfectarla.

Todo marcha bien. No falta Rubén Darío. Charla con José Santos Chocano quien le cuenta la historia de su proceso.

Una rueda de banqueros está como electrizada, pendiente de la palabra convincente de Stavisky. Le aplauden a rabiar.

Entran con atrazo Dantón y Robespierre. Lucen trajes de factoría. Tanto lujo les despeina de indignación.

Lenin está al pairo. Solo bebe champagne frappé. Al ver a un Vanderbildt, se pone rojo de indignación, pensando que pueda haber tanta plata en

una sola mano. Y se indigna por no ser la propia, esa mano.

Principian los "divertissements". Tamagno da un do de pecho estupendo. Los Rotschild no aplauden para economizar.

Hay un sector donde alegra la aristocracia del talento y de la distinción.

Bullen las ideas. El genio lanza chispazos de luz eterna.

Los invitados de honor beben champagne con sed de inspiración, "al gratin".

Los ricos, los millonarios, se sienten dispépticos y beben sifón, por lo barato.

Cuando al amanecer el cajero judío liquida las cuentas, sufre un colapso.

Madame Thebes fallidas sus previsiones y sus predicciones, riega su olímpica mirada sobre la turba de millonarios y hombres ricos que habían ido a empobrecer, roñosamente, el negocio del Grand Hotel Inconcebible, y se dirije indignada a Lorenzo el Magnífico:

—¿Qué le parece, Príncipe?

—Banal,—madame de Thebes-banal. Pero no seguramente inconcebible. Solo hay un mecenas, madame, en el mundo. Yo.

Macchiavello, a su diestra, sonríe con profunda ironía.

Y el Hotel, quiebra.

COMPRO ORO

"En polvo, pulseras, guardapelos, anillos, al barrer. Pago los más altos precios de plaza. Solicito comisionistas".

Ante el anuncio me ofrecí a gestionarle la compra de todo el oro que pudiera, incluso la misma cadena del Inca, al judío que había puesto el aviso.

Mi primer ataque fué a una casa de préstamos.

—¿Oro? Los prestamistas meneaban la cabeza y me miraban socarrones.-¿Oro? Ni para remedio. Compramos. No vendemos.

Los japoneses de las compra-ventas soplaban como fuelles.

—¿Orro? Tú querrer orro?

Se miraban entre ellos, con la mirada ligera del cuy, y se reían en mis barbas.

—¿Cómo te llamas, tú mono?

—Nikita.

—¿Chino?

—Nipón.

Ni quita ni pón. ¡Qué rico tipo!

Un sobrino de la República Celeste, con ojos picados de malicia oriental, me dió buena dirección:

—Tú puedes conseguir oro "ese son mimo casa moneda..."

Hubo quien me dió mejor dato:—Diríjase Ud. a un Agente de Bolsa...

—Bien. ¿Y que me hago yo con bolsas?

Un camalero llevaba una cadena de oro con doble vuelta, centrada con una águila americana. ¡Qué lujo!

—Le compro esa cadena, señor camalero...

—No estoy al hambre, so mequetrefe.

Cuando mustio, cabisbajo y laxo volví donde el judío, éste me pronosticó:

—Ud. es un inútil. Morirá de hambre.

—Y Ud. morirá de insuficiencia alcohólica. Pero, vamos a ver, ¿para qué diablos quiere Ud. tanto oro?

—¿Yo?-me contestó contricto y persignándose el judío-para ofrecerlo como ex-voto al Señor de los Milagros.

Cosas de la devoción.

HUESPEDES ILUSTRES

Nosotros acogemos con excesiva cordialidad a ciertos hombres clasificados en el gremio de los eminentes. Los llenamos de atenciones, los banqueteamos en el Palacio de Torre-Tagle, los declaramos huéspedes ilustres, ciudadanos de honor. El Andex, perplejo, los ve llegar hasta Río Blanco. Y les pagamos con largueza suntuosos hospedajes, amén de ofrendarles presentes estupendos.

Fatalmente, hay hombres "ilustres" que no conocen la gratitud. Y por ende son teatrales y falsos. En nuestra presencia todo lo encuentran maravilloso. Todo lo elogian. ¡Qué finos! Qué amables! ¡Qué delicados!

Pero en cuanto vuelven grupas, con las alforjas repletas, ¡zás! clavan el puyazo y se quedan tan frescos.

Ya sabemos cómo Paul Morand recogió la gran impresión del Perú: los mendigos que en Arequipa piden limosna a caballo-le faltó decir "caballos de carrera". Yo desmiento la chirigota. Sólo vi en Arequipa a un mendigo que pedía limosna pedaleando en bicicleta, y me cuentan que el tipo es de origen francés.

Sabemos también que don Jacinto Benavente calificó nuestra hermosa Lima, "ciudad de chinos".

A Julio Camba sólo le impresionó el cuello "formidable que usa el Oficial Mayor de la Cámara de Senadores del Perú".

No recuerdo que escritor extranjero escribió que a cuarenta kilómetros de Lima había sido plagiado por los salvajes amueshas. A cuarenta kilómetros de Lima está Chosica.

Nos parece verle entre salvajes pintarrajeados que dilijentes avivan el fuego para comerse a aquel periodista "al cuero". Vemos a Florencio Chiappo, encabezando a los frailes misioneros, como Alcalde de la Villa del Sol, aprestándose al rescate y llevando en punta al Poeta Máximo. Colocarle sobre una colina, hacerle disparar los balines de su inspiración contra las hordas, hasta dejarlas sumidas en un profundo sueño cataléptico. Y vemos por último cómo entonces los misioneros aprovechan para penetrar en el campo inviolado para devolver a la civilización al periodista de marras con los pantalones húmedos...¡de coraje!

Es preferible que esta clase de genios se queden en sus casas y se epaten a si mismos.

Y cuando asome tras la Isla de San Lorenzo una de estas glorias del arte, de la literatura o de la ciencia, dejarle que con su maleta y el rebalse de su talento, se abra paso como cualquier hijo de vecino, si puede. Y si se descantilla, declararle extranjero pernicioso, con toda su fama y con todo su prestigio.

Más daño hacen al país ciertos hombres ilustres, que vienen a tomarnos el pelo y a pitorrearse, que cualquier miserable navajero hambrón que desmondonga a un pobre diablo rentista para arrancarle el sancochado.

Estoy convencido de que si procedemos como aconsejo, las llamarán cosas...de hombres.

HERALDICA...

José María O. de C. y Vaca de A. nació en lecho de rosas.

Cruce auténtico de duques y marqueses rancios.

Pedigree de fuste.

Buena fortuna heredada. Talento macho innato, reconocido.

Hoy, sin fortuna, don José María, al decir de la gente, es un imbécil. Un imbécil en campo azur.

En su castillo, erguíase la mustia prosapia entre la carcoma de cuadros rubricados por pintores célebres. Las damas ostentaban senos ebúrneos y luengos cuellos principescos. Los varones, enjutos, larga la nariz, mustios, de mucho brocado y tizona al cinto.

Un millonario, Rey de los Cerdos barrió con la colección completa, encajonando el abolengo y llevándoselo a New York, a raíz del fraude de Wall Street, alineando en su museo privado de la Five Avenue, aquel espeso y nutrido árbol genealógico.

Monte Carlo se encargaba de barrer con los dóllares del último vástago de los Vaca de A. que había sabido vender a buen precio el pasado de sus

ascendientes. Y José María llegó a ser uno más, en el vulgo, carcomido de miseria.

Con la espalda corvada por el peso nobilísimo de su rango y por la no menos nobilísima tristeza de su indigencia, don José María se redujo a conducir un fotingo entre La Huayra y Caracas, Venezuela.

El estómago, en el mundo, es uno solo.

Un día arrastraba mi burguesía en viaje de turismo por las tierras del General Gómez.

—Ahora,-me decía-para estar en caja con mi overol y con la pinta que me gasto, casé con una criolla obesa "del pelo", que me ha dado dos mocosos de doble tinte. Futuros proletarios. Y para no perder "la línea" me he inscrito en las listas soviéticas. Todas las noches, en reuniones secretas, grito con los camaradas, a voz en cuello: ¡Abajo la nobleza!

—¿.....?

—Mi amigo, es un resorte. Ante la faz patibularia del compañero Comisario, hago desfilar la secuela de mis nombres de prosapia, impunemente, sin sospecha, que no hay peor miseria que la de vivir entre proletarios, sin dinero, con títulos de nobleza.

—Pero consuélese, amigo: Tengo en perspectiva una buena herencia, para gritar, entonces, hasta enronquecer: ¡Arriba la aristocracia!

Y esta veleta de la posición social, cerrando los ojos como en éxtasis y hundiendo a fondo el acelerador, nos llevó a estrellarnos contra una montaña de barro endurecido.

Corrió la sangre azul.

NEBLINA

¡Este capitán se ha vuelto loco! ¡Qué modo de pitear!

Cómplice la neblina espesa ceñida al barco como una faja a la cintura de una hembra de trapío.

El capitán, sobre el puente, envuelto en jebe, se corre una marathona.

De pronto hay tumulto de máquina en las entrañas. Una pitada breve, estridente, y un chirrido de cadenas mohosas que escalofrían el mentón.

El ancla se precipita al fondo como un tiburón herido.

¡Stop!

La «fermata» ha orlado la frente cana del viejo lobo de mar con un sello de prudencia.

—Prefiero avanzar, a esta inmovilidad y a este balance de peso muerto-clama una dama impaciente.

—Ud., señora, hará carrera con su sentido de avance .....

La neblina plúmbea, sobre el crepúsculo que llega, cierra el horizonte con un color de marcha fúnebre.

Un ex-ministro feo y flaco como un hueso, reumático asmático, es arropado con mimo por su hermosa mujer, que puede ser su hija.

Parece la primavera, asomando su cara risueña al borde de la eternidad.

Horas después el barco reinicia su andar tardo, pesado.

La sirena se va ahogando como en un lamento, toda la noche.

Ahora vibra el campaneo alegre que invita al desayuno.

El sol estalla en alegrías y dora y platea en colores el pico de una isla guanera.

El ex-ministro garraspea, tose y escupe, envuelto en capas magnas y en bufandas maranganí.

Su bella y distinguida esposa se queja de la mala noche, confesando en sus hermosos ojos orlados de infinito, la velada insomne.

—El pito-dice-no me ha dejado dormir.

Hay quien observa al marido decrépito y enfermo, con profunda ironía.

PIMENTEL

No se trata de una nueva salsa picante para la sopa. Pimentel es un puerto muy simpático, a donde las familias del departamento de Lambayeque van a tomar baños y a seguir saboreando el exquisito arroz con pato "aguadito".

Pimentel (allí le llaman Pimentel), tiene su Hotel. El Hotel "Victoria" número uno. Realmente se pueda cantar victoria si consigue un cuarto en la temporada. No pida después ropero, ni ducha, ni otra clase de minucias. El Hotel "Victoria" se da campechanamente al alojado, pero eso sí, el alojado debe tener el sentido rápido de la adaptación y de la conformidad, pronto a recibir todo lo bueno (de lo bueno poco), o todo lo malo.

Simpático el dueño. De avanzada edad. Obeso. Chapado a la antigua. Un dato: jamás se quita el sombrero negro y alón.

—¿Vá usted a salir?

—No, señor, no voy a salir.

Este conductor del "Victoria" que nunca sale y nunca abandona el chapó ni para santiguarse, me tiene preocupado.

—¿Pero no va Ud. a salir?-vuelvo a preguntarle horas después.

—¡Y dále! Pues no, señor, ¡no voy a salir!

Al día siguiente me olvido de que aquel Director Gerente del hotel no sale nunca, a pesar de hallarse siempre en tren de salida, y vuelvo a preguntarle:

—¿Sale Ud. señor?

—Oiga, amigo, ya me tiene usted jorobado con que si salgo o no salgo. Yo no me quito nunca el sombrero porque soy calvo. Mas calvo que una bola de billar. Sépalo. Es de familia. Si me quito el sombrero, me constipo. Si yo me descubriera para saludar, mis saludos serían estornudos.

Hay un grave inconveniente en el "Victoria". Al pié de sus habitaciones duerme una locomotora. Desde las cuatro de la madrugada principia a levantar vapor. A las cinco suelta la gran pitada larga, estridente, y como es la máquina-clave para todas las maniobras (un sistema Morse con pito) nadie puede dormir.

Imposible seguir. Un buen día detengo al dueño del gran Hotel "Victoria" con sombrero y todo:

—Dígame de una vez por todas: ¿Va usted a salir?

—¿Otra vez me viene usted con la majadería?

—Bueno. Es que si no sale usted salgo yo. Mi cuenta.

Pagué, fuíme y aquí me tienen contándolo.

DE INSTRUCCION

La cocinera de mi casa y el caporal de la hacienda me lanzaron candidato a una sindicatura.

Palos, alboroto, cuatro tiros, una anticuchada al pueblo con butifarras y alcohol barato, discursos bestiales, aplausos, votación fraudulenta y triunfo canónico.

Con la Sindicatura me adjudicaron la Inspección de Higiene y la de Instrucción.

Las rentas eran poco conspicuas. En Higiene, había muchas moscas. En Instrucción, una chiquilla bien formada, mucha picardía y bonitas piernas. Era lo único que podía enseñar a los alumnos y al modesto Inspector Municipal de Instrucción.

En un colegio particular pontificaba un dómine con luengas barbas encanecidas en el magisterio.

Un día fuíme a investigar por el estado mental de aquel templo sagrado del saber humano. El Maestro explicaba:

—Así como dos y dos son cuatro, cuatro y cuatro son ocho. Ahora, repitan.

Y mirándome con fijeza, me preguntó:

-¿Qué le parece, señor Inspector mi sistema?

—Maravilloso. Abracadabrante.

—Para mañana la clase de geografía. Me van a traer un mapa bien detallado del Perú con sus ríos, volcanes, ciudades, puertos y caletas. Nada de tiritas de papel. Quiero un mapa grande, muy grande.

--Yo quiero-dijo, volviéndose a mi con aire inspirado-un mapa del Perú, tamaño natural.

Huelga decir que aquel día renuncié a la honrosa Inspección, irrevocablemente.

¡¡LE GUARDABA A UD. EL SECRETO!!

Una frase estereotipada en todos los labios:

¡¡Le guardaba a Ud. el secreto!!

Pongamos un ejemplo: Un joven melenudo, delicuescente, sentado al piano, acomete contra una rumba. Su cuerpo enjuto se arquea como una sacuara. Sus interpretaciones son pasmos histéricos. Su *arte* de todos modos es admirado por cierto público. Las personas que ignoraban cómo aquél as de artistas domina el piano, le felicitan. Y el summum de la felicitación va contenida en esta frase:

¡Le guardaba a Ud. el secreto!

¿Qué secreto le iban a guardar? Cabe, acaso, mayor falta de sentido común? Peras al canto: Si es un secreto, lógico es que lo guarden. Y luego, ¿a qué manifestar sorpresa si ya "le tenían guardado el secreto?" ¿Quién puede guardar un secreto que no conoce? Un secreto que no es un secreto?

El que ésto escribe viajaba en un barco de la Compañía Peruana. El que ésto escribe algunas veces se lía al piano. Ejecutaba "a pedido", una rapsodia. Antes había comentado con una dama culta

y bella, cuyo marido, un profesional de nota, después de escuchar la primera parte, había salido del salón. La dama y yo estábamos en todo de acuerdo: "Le guardaba a Ud. el secreto" es una frase sin sentido. Se trata de una necedad que todo el mundo repite inconscientemente.

Reingresó al salón el profesional de nota. Vino directamente hacia mí, extendió el brazo y exclamó, estrechándome calurosamente los cinco del ala derecha:

—Mis felicitaciones, mi amigo. A la verdad, a la verdad que "le guardaba a Ud....."

—No sigas, por Dios, Paco, que la vas a meter, quizo atajarle su mujer.

No había remedio. La frase estaba hecha y como aceitada sobre rieles en declive. El profesional distinguido, con la sonrisa en los labios y aire triunfante de suficiencia, remataba, inatajable:

—"*...¡que le guardaba a Ud. el secreto!*

—La metiste, dijo fuerte la dama.

Y luego, muy quedo, como quien musita una oración.

—¡Imbécil!

Cosas...del decir.

GENESIS DE UN PERIODICO

(Cómo nació y cómo murió "El Mosquito").

En cada individuo alberga un escritor en potencia.

Vive agazapado en el subconsciente, pluma en ristre, pronto a dar el salto hacia la superficie, a la primera de bastos.

En mí, lo sentía discurrir por dentro. Mas un buen día se hermanó con mi "ego" consciente (con la venia del señor Freud), y al estilo de los Goncourt, los Margueritte y los Quintero, escribimos en complicidad un artículo "especial" para "El Pandorgo", diario de la post-revolución de Arequipa.

Consumado el atentado, el escritor sub-consciente volvió a su guarida. Y así fué como llegué a escribir mi primer artículo, tal vez inconscientemente.

—No quisiera desalentarlo-me dijo el director de "El Pandorgo",-pero usted necesita más estudio, práctica, elasticidad. Hay que cuidar el estilo-el estilo es el hombre-y la sintaxis. La ortografía, bien, eso es lo de menos. ¿No me ve Ud a mi? Yo he cambiado el arado de dos manceras por la pluma, de una. Lanzé "El Pandorgo". ¡Un exitazo! mi amigo.

No se desaliente. En usted el terreno es fértil. Hace falta un buen machaco. Luego un par de rejas cruzadas, seguidas de un arrastre y un buen despajo.

—Perfectamente, señor gañán, digo...señor Director.

Y despidiéndome agregó:

—Se me olvidaba decirle que para escribir, hay que tener, generalmente, ideas.

—Gracias.

Al dar el portazo y volcarme a la calle, topé con un escritor amigo, muerto de sueño, al parecer.

—Infiero,-me dijo,- que vienes de ver al Director de "El Pandorgo"...

-En efecto...

—"¡El Pandorgo!"-musitó, clavando la pupila oblicua en la Vía Lactea-"¡El Pandorgo!" Vuelo efímero...*¡res parva!* Otra empresa que sucumbe.

Y bajando la mirada a la costra terrestre, indagó:

¿Y qué te mueve a buscar a esa bestia?

—Nada. Le llevé una colaboración. Me he vuelto periodista.

—Despacio. Eso que tú dices no se vuelve así como así...

—Te explicaré. Según Freud y según Bergson, cuando el subconsciente obra...

—¿Tienes fiebre, o estás ebrio, acaso?

—Bien. Te aseguro que con un buen machaco y un par de rejas cruzadas...

—¡Me alarmas!

—Y luego con un arrastre...

—¡Un arrastre! ¿Y quién es ella? Infiero que....

—No. Todavía "no infieras". Te explicaré. Tú conoces el caso de Herr Erick Maria Remarque. Un ser anónimo. Un día, como quién no quiere la cosa, escribe la gran novedad del año: "Sin novedad", etc.

—¿Pero estás hablando en serio? Me desconciertas.

—Hablo en serio. Espera. ¿Qué me dices del señor Einstein? Era conocido, acaso, antes de la macana esa de la teoría de la relatividad, que tanto renombre le ha dado porque nadie la entiende, ni él mismo? Ahora yo, con un buen despajo...

—Entremos a esta botica, mi querido.

—Como gustes, entremos. Decía que con un buen despajo, me lanzo de hecho a tirar camellón. ¿No te parece el mío un caso "sui-géneris"?

—Fatalmente lo que me parece el tuyo es un caso perdido. Estás atacado de periodistitis letárgica, en forma aguda. Tu caso es clínico. Consulta al doctor Caravedo.

Con todo, yo cumplí la amenaza. Saqué "El Mosquito". Pero El Mosquito cayó a los pocos días.

A los pocos días, también cayó "El Pandorgo".

Ambos cayeron para no levantarse jamás.

El escritor sub-consciente no ha vuelto a asomar las narices, de vergüenza. Y el Director de "El Pandorgo" regresó a su arado de dos manceras, a tirar camellón sobre un barbecho estupendamente despajado.

Gañán...a tus bueyes.

EL CUENTO DEL TIO

Hay que enaltecer el cartel de los cuentistas, manufactureros habilidosos que convierten con arte simples tiras de papel de estraza en billetes garantizados por el Estado. Enaltecerlos, azuzarlos para mayores empresas, premiarlos. Y castigar, luego, severamente, a las víctimas de los "cuentos", pobre gente honrada que no sabe robar por falta de iniciativa y de talento.

Pillo con cierta honradez, el uno, honrado con cierta pillería, el otro, entablan la pelea que los ha de llevar a las finales conocidas: delito penado por la ley, al que actúa con premeditación-ratero activo que ataca,-y la idea de robar-ratero pasivo que contra-ataca-al que no toma en cuenta la jurisprudencia,-por falta de pruebas en un acto de basuras, cuerpo del delito.

Hay dos mil troncos del ala para cambiar de nicho a un difunto. Hay agallas y hay ingenio para ofrecer tanta plata por tan poca cosa. La "víctima" se compadece y se conduele de la necedad de los hombres. Con veinte libras le sobra para trasegar al muerto, incluso para cantarle misa, para velarle-velas de sebo-y para colgarle unas flores. Recibe

el bodoque, sin escrúpulos, a la manera del justo, y vomita, como garantía estúpida, todo lo que lleva en la cartera. ¡Qué caracho! En el peor de los casos hay un gran margen!

El serrano cazudo, manso cunda, rubrica así la patente de su espíritu latrocinesco que empieza a despertar, y proporciona la fé de bautizo de su cretinería. Y piensa, para su capote: "Que los hay los hay..."

—A las tres, en el hotel, para finiticar el asunto con un documento. ¡Good baye!

—A las tres, sin falta, responde el cholo cojudo.

A las tres y media hay una ligera sospecha y un ligero tinte amarillo en las mejillas. Nadie asoma. A las cuatro, la palidez es franca. A las cuatro y cuarto, con la rapidez nerviosa del fox-terrier que escarba sobre la arena, se lanza a destapar el bulto. Vuelan los papeles por el cuarto y van a posarse suavemente sobre el pavimento, como gaviotas albas. ¡Misericordia!

—Me han estafado-ruge-¡me han estafado!

Mesándose las cerdas, se siente de improviso, terriblemente honrado.

Y denuncia, ante Investigaciones, un robo consumado, que alarma, y su propio robo fallido, que nadie toma en cuenta.

PERFIL HUARALINO

Pasar por Huaral y no conocer a Leandro Kuon Tay Fan, equivale a pasar por Roma sin dar un vistazo a las Catacumbas.

¡Leandro! Alguien me había ofrecido el honor de una presentación.

¡Leandro! Al conjuro del nombre desfilan como por encanto el Polichinela, el Crispín, el Poeta y el "glorioso" Capitán, de los "Intereses Creados".

¡Leandro! Romántico, pálido y rubio. De ojos azules ligeramente entornados, soñador, tenue y frágil. Frágil y fino como porcelana de Sevres. Sonrosado. De un sexo físicamente neutro. ¡Leandro! Tal la conexión entre el nombre y la figura.

Pero si de lo vivo a lo pintado, hubo siempre diferencia-para decirlo con Benavente-, de lo supuesto a lo real, en este caso específico de Leandro, hubo distancia para calcular.

Leandro era, o mas propiamente es, porque aun vive, un chino. Pero ¡qué chino! ¡Hay que ver! Y qué caída de ojos, qué mirar de soslayo...

Gordo, redondo. Ojos orientales engastados en párpados occidentales. Gestos ampulosos que traducen grandeza romana...Genuflexiones parcas de

mandarín mongol. Comedida suspensión de espera tipo "maitre d'hotel" parisién. ¡El acabose!

El solo regenta su *Chi-Fan*. El es contador y cajero; y el guisa, atiende y sirve a la mesa a sus clientes, que son a la par sus amigos.

Penden el pato, la gallina y el cerdo de unos ganchos. Al pié, chisporrotea la manteca en perol de cobre. Y a la voz, Leandro coge la presa, siempre blanca como la albura de su mandil, la frota, la acaricia sensualmente, acucia la mirada vivaz, y en el instante propicio, matemático-ni un segundo menos, ni un segundo más–¡zuácate! la hunde en el perol, inundando de inconocidas fragancias, las salas de su limpio *Chi-Fan*.

Mientras os da una conferencia con decir castellano castizo, perfecto (y de momento pensáis estar ante un catedrático fugado de la Universidad de Salamanca), ha salido de sus dedos afilados y pulquérrimos, el milagro de un guiso que desconcertaría al gran Brillat Savarin.

Así como se favorecen las corrientes turísticas al Cuzco, al Puente de Verrugas, al Cañón del Pato, debería de propiciarse, también, una visita de itinerario obligatorio a Leandro, en Huaral.

Si Paul Morand, quien no ha tenido empacho para decir que en Arequipa los mendigos piden limosna a caballo, hubiera tenido el honor de estrechar cordialmente la amarilla mano de Leandro en su propio Chi-Fan y al pié de sus propios fogones, podría escribir ahora que los turistas, en Huaral, de no existir Leandro tendrían que inventarlo, para pedirle luego, *a pié*, la limosna de un suculento lechón con verduras y la salsa de una conferencia, servida con un par de huevos fritos con talento.

DE UN METRO VEINTE

El boticario de Palpa había hecho una exhibición espectacular: no se trataba de un nuevo menjunje preparado para amagar de toxinas al prójimo. Ni siquiera hacía campear dentro de un pomo la repelente culebra cascabel, macerada en alcohol. No.

El boticario de Palpa mostraba, ante el asombro de la población, una yuca. Una yuca de un metro veinte de largo, con un espesor proporcionado.

La curiosidad del público congregado para extasiarse ante la magnificencia del tubérculo, llenaba la calle; y el gobernador, que le tenía tirria al farmacéutico y que le andaba buscando los tres pies al gato para armarle un lío a la menor de bastos, se valió de la ocasión-la pintan calva-para satisfacer una venganza de puro cachet pueblerino, ordenando con voz imperativa, casi prepotente:

—Don Emeterio, bote Ud. esa yuca. Está estorbando la libre circulación.

--Esta yuca, don Crisóstomo, es un fenómeno. Y yo no puedo botar a la calle un fenómeno. Bote Ud. mas bien, catay, a toda esta gente..

La gente protestó con escándalo. ¡Qué lisura, don Emeterio!

Y lejos de "abrirse", se apiñó sobre las vidrieras, haciéndolas crujir.

La autoridad vió la batalla ganada en sus tres cuartas partes, al constatar que tenía de parte al pueblo. Y se envalentonó. Y se creció.

—Venga esa yuca, so zamarro,-rugió el gobernador de Palpa.

—¿Zamarro yo? Pues...¡palpa!

Y cogiendo la yuca se la tiró por la cabeza, extendiéndole en el suelo nock-out.

Por el pueblo corrió la noticia como reguero de pólvora.

—Don Emeterio-comentaban las comadrejas-casi mata al gobernador de un yucaso.

Verdad-certificaba el médico titular que había leído a Julio Camba y se creía humorista-verdad. Ha sido la yuca más grande que se ha echado en el mundo. De un metro veinte.

¡Cosa bárbara!

NO SE CULPE A NADIE DE MI MUERTE

Cuando pretendí suicidarme-es de advertir que todos, alguna vez, hemos tenido la idea del suicidio-disparé lejos de la aorta y del corazón. En una trinchera de tiro me hubieran marcado, escasamente, un ocho.

No obstante, el señor Juez en lo Criminal y todo el personal que interviene en estos menesteres, penetraron al lugar del siniestro, para levantar el sumario, suponiendo que el sumario estuviera tirado por los suelos.

—El suicida está aún con vida-constató el Juez, viendo como me espantaba una mosca que me rondaba en torno.

El amanuence, tipo clásico que nunca sale de amanuense, corrigió sonriendo burocráticamente:

—Señor Juez, si el suicida no ha muerto, no es suicida, almenos...

—Bien. Dejémonos de sutilezas. Vamos a inventariar. Anote: Una pistola Colt 38, falsificada. Cuatro papeletas de empeño.

—¿Cuatro papeletas de empeño?-interrumpió un

detective criollo. Pues ese hombre se ha disparado por la miseria.

Y rápido, se hizo un puño bajo el mentón como para apuntalar una idea maravillosa.

—Una carta-siguió inventariando el Juez-Que la lea el escribano. Yo no veo.

Mal negocio para un reo, un Juez que no ve.

Mi carta estaba escrita en perfecto estilo suicida. Había cuidado el detalle de impresionar. La leería todo el mundo. Sería algo así como mi debut póstumo en literatura. Un final impresionante: "No se culpe a nadie de mi muerte"! Y la firma, con pulso firme, cómo quien tiene que rubricar un cheque cuando tiene fondos en el Banco.

Deseaba cuidar el estilo al pasar a la eternidad y antes del disparo este detalle me tenía bastante preocupado.

Más tarde comentaban mis amigos:

—Es un imbécil. Hasta la muerte lo ha estafado.

Otros creían que la pérdida de sangre me había beneficiado por ser sanguíneo. Otros opinaban que se me debía recetar una temporada de balas.

Me juzgaban heroico, me juzgaban cobarde. Yo estaba perplejo.

Cuando fuí donde el señor Juez para pedirle disculpas por el mal rato que le había proporcionado, me saludó alegremente:

—¿Por aquí mi querido "señor suicida"?

El amanuense, indignado, pegó una puñada sobre el pupitre.

LA SEQUIA

En el "Gran Hotel" se concentraba la vida social de la Provincia. Allí se nutrían y se desnutrían las altas autoridades de nuestro engranaje burocrático, unos cuantos agentes viajeros y los vecinos notables del lugar.

¡Los notables!

¡Cuántas veces me he puesto a considerar y a observar a un notable! Le he mirado acuciosamente por todas partes y he terminado por resolver que nada tenía de notable.

Pero estamos en la sequía y allá vamos.

—¡No hay agua! ¡no hay agua! Tal es la voz plañidera que pasa de mesa en mesa, de confortable a confortable, en aquel suntuoso Gran Hotel, a la sazón poblado por los agricultores en obligado descanso:

—¡No hay agua!

—Y lo grave del caso-apunta uno-es que tampoco los Bancos sueltan el agua cuando no llueve.

Y gráfico, friccionaba las yemas del pulgar y el índice como quien está haciendo pasar billetes de a Libra.

—¡Tras de cuernos, palos! Magnífico.

—Hay que protestar-protestaba otro, con desgano, como si se le importara un pepino la protesta.

Un mensajero trae un telegrama "urgente".

—¿Han visto? ¡Un telegrama urgente! ¿De cuando acá alguien pone un telegrama que no sea urgente?

—No moje, hombre.

El telegrama procede de Pitajalla. Lo firma el Gobernador. El Sub-prefecto lo abre y lee, ante la expectación de los regantes:

"*Esta madrugada se ha producido aquí una ligerísima garúa*".

—Ese Gobernador es una bestia-declara abiertamente un arrocero. ¿A quién se le ocurre trasmitir una garúa por telégrafo? ¡Qué cuajo!

En el reloj municipal sonaban las dos de la madrugada. Sobre la calamina del Gran Hotel, principiaron a golpear unas bolitas de agua. El golpe seco fué arreciando hasta convertirse en fuerte traqueteo.

Los rurales saltaron de sus camas locos de alegría.

—¡Llueve! ¡Llueve! Llueve!

Uno de ellos me tiró la puerta abajo y me abrazo felicitándome, como si a mi se me debiera el envío del chaparrón. Y como no me viera cara de pascuas, me preguntó:

—¿Pero es que no comparte nuestro justo entusiasmo?

—¿Cómo voy a poder, señor? Soy agente viajero en sombreros de paja.

Dígame ahora, con este diluvio, ¿a qué comerciante le podré meter siquiera media docena de pajas?

¿Han visto? Pues no había sido menudo fresco el tipo!

SIMILITUD

El sastre Apolinario tiró un día por la ventana, su profesión ingloriosa. Toda la literatura de su vida y toda la ciencia de sus creaciones habían girado en torno al saco, al pantalón y al chaleco, en torno al terno, para decirlo de una vez.

Su hacienda y su porvenir constreñidos al hilo, a las tijeras, a la plancha, fueron clausurados de golpe con una doble vuelta de llave en la chapa cargada de moho. Y a quien le preguntaba, curioso de lo ajeno, por su proceder, respondía:

—Me ha salido del forro.

La urgencia de tener que "parar" la olla diariamente en su modesta cocina económica, trazada con dos ladrillos paralelos en el corralito, le sugirió la idea de agenciarse una nueva colocación y sin mucho cavilar, decidió enfilar de frente al periodismo, con la "difícil facilidad" de quien se dispone a pelar papas. Trivial y sin complicaciones, como todo lo trivial.

Con muy buen sentido-a pesar de ser sastre—no abandonó las tijeras, para rendir con eficacia, en una segura amalgama con la pluma.

"El hombre es el estilo". Y el estilo de este es-

critor novato-estilo sastre-estaba cuajado de expresiones acordes con el tecnicismo de su empleo primitivo, demostrando, magüer el osado cambio de frente, que el "*tailleur*" no había dejado de paseársele por dentro.

Sin violencia, sin forzar el léxico, se desenvolvía con naturalidad dentro de las cuatro paredes de la redacción, empeñado en vestir ideas con la pluma, como otrora vistiera a los hombres con la aguja.

Se permitía críticas al prójimo, pues ahí tenía "tela" que cortar. Con todo habíase trazado una línea recta, impecable, parecida a la que plasmara humeante la plancha en la diestra-sobre el color firme de los pantalones. Pero como vibrara en él, más que nada, una bien encuadrada alma de sastre, remataba, como en el planchado, con las inevitables "dobleces".

Poseía una cualidad rara en los periodistas, y por lo rara casi desconocida. Poseía el sentido exacto de "la medida", adquirido con el ejercicio constante de la tiza y de la escuadra, cualidad que aprovechaba para medir con justeza los anuncios de propaganda.

En el periódico había que "cortar" artículos largos y pesados, corregir "las pruebas", seguir "el hilo" de una investigación, "enhebrar una trama", poner en "tela" de juicio las declaraciones sinceras de los políticos. Apolinario, casi inconscientemente, seguía utilizando términos propios, iguales para los menesteres de la sastrería y para las clasificaciones periodísticas, afines las tijeras del artesano y la pluma del intelectual.

Cuando un redactor le propuso una información en la que, a su parecer, habría "mucho pan que rebanar", clamó con desprecio:

—No me venga...Aquí no somos panaderos.

Rápidamente, claro, constató su fracaso y tuvo que volver por sus fueros. Por sus botones, por sus panqueques, por sus forros. "A lo que te criaste..."

Y cuando contemplaba las múltiples arrugas de sus casimires baratos, se le oía exclamar, nostálgicamente:

—¡Las que clavé yó, de periodistas...

—Y las que te clavan de sastre, compadre...

ANOTACIONES DE VIAJE

El viajero tiene oportunidad de anotar ciertas rarezas, cuando quiere dejarse guiar por un espíritu observador. Voy a dar unos apuntes recogidos en mis frecuentes viajes por el Perú.

En Guadalupe, conocido por su importante feria anual y por su proximidad al lugar donde se produce el famoso "claro" de Jequetepeque, el fondero exhibe un affiche:

"*Aquí se atiende a la clientela, con la sonrisa en los labios que da el negocio*".

¡Canastos! ¡Con la sonrisa que da el negocio!

La lista anunciaba: "estofado de gallina, 10 centavos".

—Caballero, ¿esa gallina ha muerto de peste?

—¡Nóoo, señooor!–contestó asombrado.-Es que aquí el ave es muy barata...

Al cortar la pechuga de aquella gallina de la civilización Chimú, se partió el cuchillo en dos.

El negocio había dejado de sonreir.

El pueblo de San José tiene un cementerio pequeño en relación a la mortandad del poblado, pero que se hace estrecho y rebalsa por los entierros clandestinos que efectúan los vecinos del valle. El señor Al-

calde se mortifica y pone el atajo eficaz; un aviso en la verja del comenterio:

"Aquí sólo se entierran *a los muertos que viven* en San José".

Firma el Alcalde con el visto del Gobernador.

¡Brutal!

En Arequipa se exhiben curiosos avisos en los tranvías:

Pasaje para niño de 0.90 cm. 6 centavos.
,, ,, ,, de 0.95 ,, 7 ,,
,, ,, ,, de 0.98 ,, 8 ,,
,, ,, ,, de 0.99 y ½ 9 ,,

De un metro para arriba, cualquier tamaño, 10 ctvs. Al contado.

El conductor viaja con su "huacha". Y cuando suben muchos niños, se paraliza el tráfico para medirlos, sobre todo cuando conductor y público quieren hacerse camarón.

Como anuncio modelo va en punta el que exhibe un carpintero de Ferreñafe que hace cajones de muerto: *El último terno.*

Y el de Pacasmayo:

"*El consuelo de los afligidos*".

Cajones de muerto a gusto del consumidor.

Sistema Cooperativo.

Fortunato Alegrías, propietario.

Están enteradas las personas afligidas. Cuando quieran consolarse, vayan a Pacasmayo.

EL AGENTE VIAJERO

El agente viajero está en Piura, sudando la gota gorda. Dejemos a un lado el chiste barato de que las gallinas ponen. en ese departamento, los huevos fritos. Pero sí, hemos visto que a poco de mezclar el agua con la harina, brota un pan grande, de molde.

El pan, en Piura, no se elabora. Se da por autocombustión.

Y los gallos, como en ninguna otra parte del globo, cantan en Piura a las cuatro de la tarde. Cantan...de puro calientes.

El agente viajero conoce todos los hoteles y toda la fauna metida dentro de sus colchones. Vive familiarizado con todas las temperaturas.

De Guayaquil, lo pasan violentamente a Morococha. Lo pasteurizan.

El agente es afable. Recorre la república en una perenne sonrisa. Porque cuando no sonríe no vende. Y es capaz, arrastrado por la fuerza de la costumbre, de sonreirle al mismo cobrador del fisco, por más que se esfuerce en componer un gesto duro, adhoc, de espantapájaros.

Un día está en Coracora viajando a lomo de mula. Ante el asalto de la piojada, siente una verdade-

ra fruición. Alguien dice que los piojos son conductores del tifus exantemático. Al viajero se le paran los pelos de punta. Conozco conductores de omnibuses que también son conductores de una buena sarta de microbios. Y chinos tuberculosos, obedientes a las ordenanzas municipales, que al prohibírseles escupir en el suelo, escupen al techo. Con tal que el suelo permanezca limpio...

Otro día el viajero sigue rumbo a Ayacucho en una carcocha sin frenos. Un agente que se respeta debe partirse una pierna alguna vez. Precipita al río y salva la vida milagrosamente. Regresa en camilla. Esta vez la sonrisa es verde.

También ha capotado en un avión. Lleva como recuerdo un corte en la cara. Muchos creen que le han dado una puñalada. Como si lo fuera. Un corte no es lo que parece sino lo que es. Merced al accidente el agente se da "corte" ante sus jefes, y le aumentan el sueldo. Ahora puede matarse.

Puede, también, que entonces le aumenten las comisiones.

Pero hay quien todavía exclama:

—Qué suerte la suya ¡viajar!

Y ponen los ojos en blanco como si entraran en "barrena".

PERO...

Sigamos con el viajero.

Le han comisionado para que visite al hacendado don Q.

Empaca el muestrario, contrata un auto para la larga tirada, y llega al sitio que va a amagar, a la hora del lunch.

—Don Q.,—le dice un empleado-tendrá el agrado de recibirle a las tres de la madrugada. Ahora está durmiendo.

—¿La siesta?

—¡Quiá! No. Don Q. trabaja de noche y duerme de día. ¿Raro, verdad? Con que a las tres de la mañana. ¿Buena la hora?

—¡De mamey! Esperaré.

A cambio de un pedido, lo que le sobra al vendedor es paciencia.

El tiempo se hace eterno. Hay titilaje de estrellas coquetonas. Hay ruido cansino y lento de la rumia de la yuntada. Y canta aislado un grillo solista y ventrílocuo. El grillo es obseso.

Son las tres. Las tres y media, las cuatro de la madrugada.

Arrecia la grita enronquecida de los cármelos del valle.

Un empleado lechucero anuncia:

—Don Q. está fatigado y se va a acostar. Encarga decirle que vuelva Ud. mañana.

—Pues...ponga Ud. las dos y media antimeridianas. ¿Le acomoda? ¡Ah! Me encargó decirle que quiere catálogos, muestras y listas de precios para irlas estudiando, aunque es más que seguro que nada le compre porque estamos de mercaderías al tope.

El primer impulso le sugiere al agente destruir todo el mobiliario de la oficina. El segundo y último impulso le aconseja la calma chicha.

Pero aquí, más que un deseo de acomodarle un buen pedido a don Q., le mueve la curiosidad-pese a la hora y sus derivados-de investigar sobre aquella nueva especie de marmota a quién se le importa un pepino las irradiaciones cósmicas. Y con una sonrisa pálida y algo difusa, ofrece concurrir puntualmente a la cita.

Huelga decir que le clavó al maravilloso don Q., al hombre que duerme de día como un lirón y trabaja de noche como una bestia, una venta bastante nutrida, al amanecer.

Buen psicólogo, había introducido, preventivamente, entre una lata de sardinas Curbera y unos chicles de Toronto, un fino elogio al señor Don Q., a sus caballos de carrera y a sus hijos, de paso.

RODOLFO VALENTINO

Sepulto en el celuloide, el caso Valentino está perdido en el recuerdo de las peripatéticas.

La figura de ese magnífico Sheick, vibró en su hora en la psiquis de la "flappeur", en los celos ridículos del marido burgués, y del pollo esquivo y enamoradizo.

Con su muerte, el cable dejó de ocuparse de sus galgos, de sus potros, de sus queridas; y en las plateas del mundo pusieron en sus films, la lápida final: "*The End*".

En Barbones topé con un ex-condiscípulo del astro que llamara fuera de los "sets", don Rodolfo Guglielmino, cuando ambos cursaban agricultura, en Sant'Hilario, ríente y simpático pueblecito de la Rivera Ligure, Italia.

Guglielmino sabía empuñar con destreza la pala y el arado, esmerándose en el cultivo de la zanahoria, del perejil y de la albahaca, y acaso hacía madurar prematuramente un "pomidoro", a través de su mirada oblicua, cargada de sentimentalismo meridional.

¡Mala maniobra la de sembrar patatas por esas

manos hechas para acariciar torsos albos de marquesas!

Un día tiró con rabia la lampa sobre un zapallo inocente, secóse el sudor con un tocuyo raspudo y arrancó de la escuela en busca de un sastre de postín, de un peluquero de moda y de una manicura habilidosa. Se rodeó, así, de los principales atributos para lanzarse a la conquista de la celebridad.

Y ensayó, como ajuste a la consagración definitiva, unas cuantas miradas de su creación: de "carnero degollado", para destrozar el corazón de las histéricas; de "caída de hojas", para enternecer a las románticas, y de "tirabuzón" para intrigar y confundir a las solteronas "imbastillables".

Luego la mirada acerada que humilla a los pusilánimes, y la que se matiza de extrañas fulgurescencias, para expresar un incontenible y quieras que no, pecaminoso deseo.

—Es así-comentaba el ex-condiscípulo de Guglielmino, que hoy regenta una pulpería de arrabal,-como ambos seguimos rumbos diferentes: metido él entre "rollos", proyectado por el Orbe, se hizo rico y célebre; yo, cortando "rollos" de salame tras del mostrador, apenas si alcanzo a verme proyectado, diariamente, en el caldo ralo de mi sancochado.

CARIDAD

El hombre que salta la rutina, que se independiza de los viejos moldes, que opina libremente y hace traslucir en hechos lo que opina, sin importársele el juicio estancado del vulgo, se presta para la crítica mordaz.

La gente de Worchester decía por mi padre:

—Mr. William Kelso no es un excéntrico, pero sí un extravagante.

Había en este juicio atrevido para el autor de mis días un poco de irreverencia, a la par que cierta sutileza para diferenciar con los adjetivos.

La extravagancia de mi padre se reducía a entregarle a los mendigos, semanalmente, un chelín *per cápita*.

El pobre de solemnidad se había acostumbrado a extender la mano con más dignidad, cuando pasaba ante la verja de nuestra vieja casona. Medio chelín era una dádiva que rehabilitaba la limosna.

Mr. Kelso,—decían los pedigüeños—es todo un hombre. No aquella basofia que cree libertar sus escrúpulos de conciencia, tirándonos un phenning o un pan duro como el caucho. ¿Para qué sirve toda esa triste raléa de rentistas que tan mal sabe rendir?

Es cierto que más dinero se le obsequia a la miseria, y más sube en proporción, el elogio. El mendigo mide al señor por lo que rinde, no por lo que es o por lo que vale.

Un día mi padre fué abordado por el mayordomo:

—Señor, no tenemos medios chelines para los pobres. ¿Qué hacemos?

—Muy sencillo. Dales un chelín, Walter.

Walter, escocés de pura cepa, acostumbrado a todas las reverencias de sumisión y de respeto, esta vez se inclinó en una venia de profundo estupor.

La interminable fila haraposa, con un chelín en las manos, exultó de alegría.

Mr. Kelso no era un hombre. No era siquiera un un santo. Mr. Kelson era un Dios.

¡Claro! ¡Un chelín!

—Un loco de remate, clamaban los vecinos de Worchester.

A la semana siguiente había un tumulto escandaloso ante la verja.

Walter trataba de explicar:

—Mi señor les dió la semana pasada el medio chelín que les correspondía a ésta. Fué algo así como un adelanto en cuenta corriente.

¿Quién se atreve a adelantarle nada a la miseria?—¡Mi plata, mi plata, sinvergüenza, ladrón!—rugían los limosneros, sintiéndose sinceramente estafados.

Tuvo que llegar aullando una camionada de policemen para el despeje.

Y cuando algún mendigo, después, se atrevía a comentar por Mr. William Kelso:

—Es un loco de remate...

—¿Un loco?—protestaban los vecinos—¡si es el hombre más cuerdo de todo Worchester!

APUNTES

VOLANDO... TALARA... UN INCENDIO...

Pasa un avión. Gráciles y armoniosas alas rasgan el azul del cielo. Libélula ingrávida. Acaso un poco congestionada y mal geniada, va rumiando un sermón con cansada insistencia.

Alígeras parecen las alas mecánicas cuando avanzan violando las nubes con baritonal canto afónico.

Hemos tomado asiento en uno de estos modernos omnibuses del aire.

¡Cómo pesan en el espacio y cómo parecen lentos en su carrera! En el esfuerzo potente de los motores, se percibe la atracción tremenda de la tierra. Es una lucha de cada segundo prendida a las evoluciones formidables de las hélices.

Sobre los arenales se proyecta una sombra en forma de cruz cristiana, que nos sigue cual místico y piadoso acompañamiento.

Al precipitarnos sobre ella, violentamente, desaparecería como un mito, borrada por el soplo de la tragedia.

Miles de pozos, en monótona simetría, levantan sus castillos. El vaivén de las bombas llena de dólares los grandes recipientes. Es un *rin rin* constante que canta al unísono con la nota brillante en *la* del oro físico de la Esterlina.

Son los tesoros del país sabiamente extraídos de sus entrañas fecundas, que dan trabajo y pan a miles de hombres.

Cubre las sombras el trabajo silencioso, monocorde, de la succión constante. En la pampa árida no se ve un hombre. Pero allí late la expresión de su trabajo y de su genio.

En la zona de "Verdún" una chispa ha prendido un hachón fantástico en el espacio. El arenal se ilumina "a giorno". El pozo incendiado calcina las nubes con sus doscientas cincuenta libras de presión de gas.

Y este gas en combustión es una nueva luz que surge como un mensaje dirigido de las profundidades de la Tierra, a las alturas del Firmamento.

Una destellante llamarada cubre el horizonte y se destaca como un enorme faro improvisado.

Hay una lucha titánica entre los hombres y aquella vorágine destructora.

Cuando la última orden y el último esfuerzo apagan la última chispa, y sólo queda el chamusqueado muñón de la tubería, se aprestan a reconectar las venas de desagüe para que el pozo amagado siga su ritmo y cumpla su sino.

Los faros de trescientos autos se iluminan por tres veces consecutivas, en tácito acuerdo, simulando el clásico Hip, Hip, ¡Hurráh! de la victoria, y luego la estela luminosa de sus puntos rojos de peligro se pierde en todas direcciones: Lagunitos...Talara... Negritos...Lobitos...El Alto.

LUCES DE BENGALA

Tres atados de pacaes secos, unos cuantos plátanos mosqueados en fermento y algunos montoncitos asimétricos de peros de a real la mano, "paraban" el negocio del viejo negro ño Flancico, en la Portada de Guía.

Extraña parábola simulaba la vida de quién, cohetero de fuste, prendiera otrora en el espacio la policromía sinfónica de las luces de Bengala, con detonantes cargas de pólvora seca.

El artista de la pirotecnia quemaba caro. Y quemaba caro porque se daba pisto y se hacía valer.

En las vísperas de las grandes solemnidades, levantaba sus fantásticos castillos de sacuara y caña brava amagados de cohetes de arranque, buscapiques y bombas de color y ruido; el todo atado con pitas embreadas y azufradas, entre un aquelarre de mechas y contramechas, para rematar sobre el último cuadro, trazado en forma de cono, con el empotre de "*la paloma*",-la sensación de la novelería criolla-"*la paloma*", que al desprenderse, girando en un haz de centellas, simulaba un pavo real que en las nubes soltara los colores de su cola, en un fantástico juego de luces y de estruendos.

Oh! triunfo del artista malambino!

Ahora, los años y la miseria han extinguido el fulgor de este Marte tonante. La tristeza se ha infiltrado en el alma del hombre manso y bueno, hecho para el chisporroteo multicolor y el estallido inocuo del azufre y la potasa.

Toda la alharaca de su vida, de su espíritu empernado a la trabazón ingeniosa de sus construcciones guaragüeras y efímeras, se pierde en el recuerdo. Y el eco de sus petardos resuena lejano, confundido tal vez con las descargas patrióticas de don Nicolás de Piérola en Cocharcas.

Empero para reanimarle bastaba la grita guerrera de su gallo ajiseco, trabado al pié del fogón, cerca del duro cuadrilongo de panca tirado sobre el húmedo ladrillo, bajo el cobertizo trenzado de saucería y hojas de camote.

Y le tenía aún en pié una última esperanza prendida al pico y al garfio de su gallo de combate, que siempre retornara invicto de las justas clásicas de calendario, libradas en las haciendas del valle.

Hoy, un fino gallo de abolengo, pupilo de "La Taboada", le partió en dos el corazón, llevándose, junto con la última lágrima, "*la paloma*" de la última ilusión y de la última esperanza del pobre viejo negro cohetero.

PASO DE HUAYNO

En mis tiernos años–¡qué lejanos!-arribaba a la huerta de mi padre en los días festivos.

Uvas doradas al sol, fermento en los toneles, olor a tierra casta, perfume de la naturaleza.

Plátanos guineos, morados, de la isla.

Duraznos carantones tocados de rouge.

Paltas suculentas, huayabas frías y lechosas, tunas, chirimoyas, manzanas, nísperos...

Perrín, un caballo jubilado por la filantropía de mi padre, mastica el suave maisillo a la espera de la muerte.

Los bueyes lentos, el arado Collin's y el gañán indiferente que avanzan sobre el barbecho, simulan el ajuste de una sola pieza.

Al partirse la tierra, urga en los surcos el hambre de los guardacaballos corvinos.

—Buey...¡vuelta..."cá"...buey!

La sirena del Ingenio vocea por el valle la hora del yantar.

El gañán va en pos de la ramada donde se sirve el sancochado y escancia, a voluntad, de la vineta cargada de ácido acético.

Breve es la siesta. Vibra un charango. Aires de la sierra. Hielo de la puna. Tristeza.

Sobre sus tarimas, los indios añorantes distienden los torsos broncíneos. No rumian. No parlan. Escuchan recogidos, contritos, la melodía de sus antepasados, triste, monótona, uniforme, que vibra en las cuerdas del charango y en sus espíritus palpitantes.

De pronto, una guitarra corta como un navajazo los suspiros que flotan.

Son límpidas notas del huayno ancestral.

La peonada olvida el cansancio. Sobre el duro ladrillo remata los últimos minutos de descanso, bailando en una suprema expresión de amor y de devoción al ritmo bárbaro y a la vez garboso.

La voz de la sirena trunca este ensayo de colectiva exaltación.

Cada cual vuelve por su arma pacífica de combate. Una lampa, una hoz, un machete, un lazo, un chicote...

Y sobre el campo, ahíto de sol, vuelve a sonar lento, triste, lejano, el canto monótono, del gañán:

—Buey...¡vuelta..."cá"...buey!

MASCARAS

Me presentaron a Gaspar Colquis, camalero.

A juzgar por la expresión de su mirada y el rictus desafiante de sus belfos, Gaspar Colquis es un ente peligroso.

Colquis entra al restorán con su indumentaria de trabajo. Expande un olor acre y agrio de exhudación apelmazada entre la piel y la malla gruesa.

A los bordes de las opulentas suelas de sus botas claveteadas, asoman partículas de las tortas que ha ido pisando en los corrales.

Suple al cuello y a la corbata, la bufanda. La nuca sudosa, montada en grasa, rebalsa sobre el cuello grueso.

A fuerza de vivir entre cornúpedos, parece que extrañara su presencia, y a ratos menea la cabeza, dando la impresión de que sintiera el vacío de las astas que llevara encajadas en la frente. La posición de su cabeza adquiere entonces el desplante del toro cuando derrota.

Pero analicemos. Gaspar Colquis no es un tipo de estudio. Gaspar Colquis es una bestia.

Un joven engominado, manicurado, perfumado,

Ondulación permanente. Todo un maquillaje de fémina. Pulcro, fino, sonrosado. Una violeta.

Surge un incidente entre éste y el camalero.

De pronto "la violeta" extrae un revólver y, apuntando fríamente, dispara. Colquis se tambalea. Suena otro disparo.

El camalero cae para siempre.

La mano manicurada no ha tenido un temblor. Sobre su artística cabeza brilla la gomina, intensamente jaspeada por el tinte rojo de la tragedia.

Al ser detenido, se calza los guantes con elegante displiscencia y exhibe una sonrisa cínica que hace daño.

Había disfrazado sus instintos con su máscara.

Y al decir de la gente, Colquis era un alma de Dios.

Oh!, los psicólogos!

MESTIZAJE

(SILOUETTE)

Sobre la Selva ubérrima se perfila el soplo de una sonrisa gala.

¡Milagro! Milagro!

El Amazonas descarga, lentamente, su poder en el Océano...

El Sol fuerte de la Montaña, caldea las tierras de promisión...

Ella pasa...ella pasa...¿Quién es ella?

Es París que ofrenda su dominio frívolo entre el ramaje de todas las exuberancias.

Y los naturales la ven pasar absortos. Y los salvajes dulcificados por el poder de una belleza incomprendida, rinden el arco tenso...

Ella pasa...ella pasa...¿Quién es ella?

Sangre del Sena. Sangre del Amazonas.

Montmartre...Paquin...Micaela Villegas...la Ñusta Imperial.

Aires de río. Aires de mar...

Un taconeo delicado, una airosa prestancia. Un perfume exótico, esencia de una flor...

Ella pasa...ella pasa...

Diría Rostand: "Dejadla pasar...¡es el amor!

Cuando sonríe, es Musette del Quartier Latin.

Gata de Angora. Vicuña del Ande.

Versalles. El Gran Pajonal...

Con su cachét, con su chic, con su alegría criolla, ella pasa...ella pasa...

Y es nuevo el ritmo, y es grácil, y es leve en esta hija de París, en esta Virgen del Sol...

LA NUEVA ESTRELLA

Secondo Lorenzini paseaba su aparente despreocupación bohemia por las calles de Lima. Escritor medular, alternaba otrora con Luigi Barzini en la "Domenica de Corriere", en Italia. Pero vendavales de la vida le arrastraron por el mundo, sin rumbo y sin meta.

Seco, enjuto, con barbas en punta de fauno, caminaba siempre con las manos cogidas a la espalda y la mirada clavada en el firmamento. Y este hábito suyo daba la impresión de que jamás hubiera posado su vista a ras del suelo.

En el club, en la biblioteca, parecía que quisiera penetrar en la composición química del estucado y cuando tomaba un periódico o un libro, para leerlo lo colocaba en dirección al techo, por todo lo alto.

Una noche, al pié del monumento "Dos de Mayo", aguza la mirada fría y como perdida en la inmensidad. Su alma vibra con intensa emoción. ¿Qué ha visto? Poca cosa: ¡ha descubierto una nueva estrella!, ha fijado matemáticamente su posición. ¿Un loco? No, no, no. Secondo Lorenzini es un sabio. Casi un loco.

Allá por el año 1916, "El Comercio" anunciaba la fausta nueva, confirmada por los astrónomos del mundo.

El sabio anónimo surgía así a la luz, para vivir la gloria efímera de un día.

—Han pasado los años, muchos años, Secondo Lorenzini me contaba confidencialmente:—Fué en Roma. Yo me había enamorado de una mujer. Del amor de una mujer. Pero como a una Margarita Gautier, mi corazón destrozado la veía consumirse en una tisis sin remedio. Y en el delirio de la fiebre, me decía: "Me verás en una nueva estrella...sus parpadeos serán los besos que te enviaré en una larga caricia...y su luz será como el reflejo del cariño que te tengo...".

—Una pena muy honda me dejó en el corazón la tragedia del amor de ella, y yo que hube de caminar siempre cabizbajo, para mejor encerrarme en mi tristeza y mi dolor, que ha sido una de mis alegrías preferidas, desde entonces levanté la mirada a los espacios siderales, estudié su arquitectura, me familiaricé con sus constelaciones e insistí y persistí en buscar noche por noche, pacientemente, durante muchos años, esa nueva estrella que mi corazón y mi alma presentían y que no alcanzaba nunca a divisar.

Así, ante la impresión que sacudió todo mi ser al descubrirla como astrónomo y como amante, grité exaltado: ¡Es ella! ¡es ella!

—¿Quién es ella?-me preguntó alguien, perplejo.

¡La nueva estrella, hombre, mi mujer!

Me creyó loco de atar. Oh! la incomprensión de los hombres cuerdos!

Secondo Lorenzini sonrió con tristeza. Y eterno "globbe trotteur", se fué para siempre, sin rumbo y sin meta, encorvando sus barbas faunescas en el pecho, "para mejor encerrarse en su dolor".

Y nadie ha sabido más de él.

POSTAL DA AREQUIPA

Una ciudad blanca. De líneas firmes sobre la piedra, ausente el barro, sus casas son ligeras y sólidas.

Dos mil trescientos metros sobre el nivel del mar.

Aire puro.

El viejo Misti duerme sus antiguos ímpetus. La cabeza blanca, como una abuelita. Nívea la bufanda al cuello, como un cóndor.

En las calles, que piden asfalto, salto de automóviles bien cuidados, limpios.

La Catedral, ágil, esbelta, con ser inmensa, parece de bolsillo. A su frente, a sus costados, los portales suntuosos, donde la mano del hombre ha esculpido en la piedra.

Mucha luz. Mucho sol. Una luz que invita a mirarse por dentro. Un sol que pasa rozando los nevados de los Andes y que llega templado como si se filtrara por las cañerías de un baño doméstico: frío...caliente...

Tingo. En Tingo se inicia la campiña multicolor. Afelpado sin horizonte, que provoca tomarlo con áspera mano de lavandera y esprimirlo con intensa fruición de artista.

Una picantería enaltece y enardece nuestro criollismo. Y la ocopa picante, saturada de camarones, con la chicha seca, casi amarga. En la última bocanada, un fondo de miel de chancaca "*dulcis in fundo*".

Nos conducen "*chez Fierros Viejos*" como quien dijera "chez Maxim". Este bal tabarin de los Fierros Viejos, ostenta un banal título:

"*Chicheria*".

Conservador, rehuye divisas exóticas. Pero ahí funciona una victrola con híbrido acompañamiento de jazz-band.

—Mi bisabuelo fué Fierros Viejos—comenta un indio canoso, que anda buscando su fé de bautismo bajo los escombros de la Conquista-y mis nietos seguirán llamándose fierros viejos...

Luego brinda en verso. La chicha le torna poeta. Revive la lejana figura de Mata-Obispo, nuestro popular trovador arrabalero.

Insinúa una frase picante, como para un seviche de conchas, y dobla el cuerpo rugoso sobre la tosca mesa, mientras ñustas de Ayavirí y de Huancané bailan un huayno de fonógrafo y de bombo. Después del huayno..., la carioca. Oh! manes de Atahualpa!

La atmósfera es densa. Hay fuerte trasiego de chicha. Tres litros de "claro", con tres platos de la tierra, por veinte centavos, todo "jonto", catay...

Dejamos roncando sonoramente al indio Fierros Viejos, firme como el sillar, recio como el roble, borracho como una cuba, y salimos tarde, cuando la noche recoge la helada y nos cruza la cara con desplantes de frigidaire.

La mujer arequipeña es bella, gentil, decidora y de mirada ardiente. Prendería un incendio en plena puna.

Discurren las chismosas que un gringo fué mirado intensamente por una bella dama, en Tiabaya, y se cogió una pulmonía doble, fulminante.

¡Claro! En un minuto había pasado del trópico al polo.

Peligroso.

UNA KERMESSE EN TRUJILLO

Evolutas de tabaco rubio.
Cockteles. Rumbas, rumbas...
Brillan las sonrisas, perlas que se desgranan.

Los ángeles tutelares del amor al prójimo, que han sabido poner el pensamiento sobre el egoismo y sobre la indiferencia, hacen rendir una tarde de alivio a la necesidad.

En un verjel, donde el perfume embriaga, perfume de rosa y de mujer, amor cristiano y amor pagano; en esta privilegiada tierra trujillana donde la belleza se hace ritmo y se hace poesía en las suaves ondulaciones de sus diosas, y donde el espíritu les recoje los colores del cielo para darle luz y sombra a sus ojos de maravilla; en esta bella tierra trujillana donde la gracia alada las envuelve como en "sutilísimo velo tejido por el pensamiento", el alma del viajero vibra de admiración ante el encanto de magia, hecho color, hecho trino, hecho aroma. Resuelto en música en la gracia y en el porte elegantemente aristocrático; convertido en verso en la deliciosamente fina poesía de su sonrisa; dibujado en la plástica de escultórica prestancia, en el ademán gentil y a la vez arrogante.

¡Oh! la frase ágil, leve y sutil que juguetea con la mirada y con intención en la mirada, o corre veloz a sepultarse en el embrujo de unos ojos moros, tiernos y profundos, que saben de todos los misterios y sueñan con todas las esperanzas!

Evolutas de tabaco rubio.

Cockteles. Rumbas, rumbas...

La caridad se adorna de sus galas.

La caridad que es la que habla al sentimiento del pueblo cuando el pueblo es sano y es noble.

¡La caridad! La caridad que brota de la alegría, embellecida como la que se torna en sacrificio!

Esos pobres desheredados, señoras, acogerán del milagro de vuestras bellísimas manos, "hechas para recoger flores y acariciar niños", el doble regalo de vuestra tierna protección; doble regalo, porque en la delicada expresión de sus almas nuevas, en la pureza de su inocencia blanca, sabrán avaluar, junto con la dádiva, el amor de la ofrenda y esto ha de perdurar en sus vidas, haciéndolos buenos y haciéndolos justos.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054581433